

Verde rojo anaranjado

Mariana
Enríquez

Hace casi dos años que se convirtió en un puntito verde o rojo o anaranjado en mi pantalla. No lo veo, no deja que lo vea, que nadie lo vea. Habla muy de vez en cuando, al menos conmigo, pero nunca enciende su cámara así que no sé si sigue teniendo el pelo largo y la flacura de pájaro; parecía un pájaro la última vez que lo vi, de cuclillas sobre la cama, con las manos demasiado grandes y las uñas largas.

Antes de cerrar la puerta de su habitación con llave, desde adentro, habían pasado dos semanas de, según decía, escalofríos cerebrales. Suelen ser un efecto secundario en la discontinuación de antidepresivos y se sienten como gentiles

descargas eléctricas dentro de la cabeza; él los describía como el calambre doloroso del golpe en el codo. Yo no le creí nunca que sintiera eso. Lo visitaba en su habitación oscura y lo escuchaba hablar de ese y otros veinte efectos secundarios y era como si recitara el vademécum. Yo conocía a mucha gente que tomaba o había tomado antidepresivos y a ninguno le daban cortocircuitos en la cabeza, nada más engordaban o tenían sueños extraños o dormían demasiado.

Siempre tenés que ser tan especial, le dije una tarde, él se tapaba los ojos con el brazo. Y pensé que estaba harta de él y de todo su teleteatro. Esa tarde también me acordé de cuando, después de tomar media botella de vino, le bajé los pantalones y el calzoncillo y le lamí la pija y la acaricié y con sorpresa y un poco de enojo la rodeé con la mano y empecé a moverla con el ritmo que yo sabía irresistible hasta que él me puso una mano en la cabeza y dijo: “No va a funcionar.” Me fui rabiosa, después de tirar la botella de vino tinto sobre las sábanas, y no volví a visitarlo en una semana; nunca hablamos de lo que había pasado, nunca vi rastros de una mancha roja. Ya no estaba enamorada de él, solamente quería demostrarle que estaba exagerando esa tristeza sin motivo. No sirvió, como no servía enojarse ni acusarlo de mentir.

Cuando se encerró definitivamente —la habitación tenía su propio baño, con ducha—, su madre pensó que iba a matarse y me llamó llorando para que tratase de evitarlo. Por supuesto entonces ni ella ni yo sabíamos que el encierro sería permanente. Yo le hablé por la rendija, golpeé, lo llamé por teléfono. Lo mismo hizo su psiquiatra. Pensé que en unos días abriría la puerta y andaría arrastrándose por la casa como de costumbre. Me equivocué y dos años después lo espero todas las noches verde rojo anaranjado y me asusto cuando pasa muchos días de gris. No usa su nombre, Marco, usa solamente la M.



La gente triste no tiene piedad. Marco vive en la casa de su madre y ella le cocina las cuatro comidas, que deja ante la puerta cerrada, sobre una bandeja. Empezó a hacerlo porque así se lo indicó él, por mensaje de texto. También le indicó: no me esperes, no intentes verme. Ella no le hizo caso. Esperó horas pero la voluntad de él es monstruosa. Marco puede pasar hambre. Su madre ya intentó dejarlo sin comer por días. También intentó, por consejo de la psiquiatra, cortar el servicio de internet. Marco consiguió colgarse del wi-fi del vecino hasta que su madre sintió lástima y



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / D'Espair

le devolvió la conexión. Él no le agradece, tampoco le pide. Su madre me invita algunas veces pero yo nunca acepto ir a la casa, no soporto pensar que él escucha nuestra conversación desde la habitación. Vamos a un café cerca de mi departamento y todas las conversaciones son iguales. Qué puede hacer, si él se niega al tratamiento, no puede echarlo, es su hijo, se siente culpable aunque a Marco nunca le pasó nada, ni ella ni su marido lo maltrataron, no sufrió abusos, las fotos de las vacaciones en el mar y el chico más dulce del mundo que se disfrazaba de Batman y juntaba álbumes de figuritas y le gustaba el fútbol. Yo siempre le digo que Marco está enfermo y no es culpa de nadie, es el cerebro, es química, es genética:



si tuviera cáncer, le digo, no pensarías que es tu culpa. No es tu culpa que esté deprimido.

Me pregunta si él habla conmigo. Le digo la verdad: que sí, que más bien chatea—porque cada vez habla menos, se está desvaneciendo en la red, Marco es letras que titilan, a veces desaparece sin esperar una respuesta—pero que nunca me cuenta lo que le pasa, lo que siente, lo que quiere. Y esto es horriblemente distinto a lo que ocurría antes del encierro. Antes hablaba obsesivamente de su terapia, de las pastillas, de sus problemas de concentración, de cuando había dejado de estudiar porque no podía recordar lo que leía, de su migraña, de no tener hambre. Ahora habla de lo que quiere. En general de la *deep web* y el cuarto

rojo y los fantasmas japoneses. Pero no le digo eso a su madre: le miento que hablamos de libros y películas que él ve y lee online. Ah, suspira ella, no puedo cortarle internet entonces, es lo único que lo conecta con la vida.

Ella dice cosas así, conectar con la vida, seguir adelante, hay que ser fuerte: es una mujer estúpida. Siempre le pregunto por qué cree que yo voy a ser capaz de sacar a Marco de su encierro, suele pedirme que toque la puerta y ruegue. A veces lo hago y él, a la noche, cuando me encuentra en el chat, escribe: “No seas estúpida. No le hagas caso.” Por qué creés que puedo sacarlo, le pregunto, y ella le echa leche al café hasta que lo arruina, lo transforma en una crema caliente. La última vez que lo vi contento fue cuando estaban juntos ustedes dos, dice, y agacha la cabeza. La tintura que usa es de mala calidad y siempre tiene las puntas del pelo demasiado claras y la raíz canosa. No es cierto lo que cree, Marco y yo vivíamos en el silencio y la impotencia, yo preguntaba qué te pasa y el respondía que nada o se sentaba en la cama y gritaba que era una cáscara sin alma, el tele-teatro le decía yo a esos arranques que terminaban en llantos y borracheras. A lo mejor él le decía a su madre que éramos felices. A lo mejor ella decidió creerlo. A lo mejor él decidió que su tristeza iba a estar a mi lado para siempre, hasta que él quisiera, porque la gente triste no tiene piedad.



Hoy leí sobre la gente como vos, le escribí una madrugada. Sos un *biki-komori*. ¿Sabés quiénes son, no? Son japoneses que se encierran en sus habitaciones y las familias los mantienen, no tienen otro problema mental, nada más les resulta insoportable la presión de la universidad, de tener vida social, esas cosas. Los padres nunca los echan. Es una epidemia en Japón. Casi no existe en otros países. Aunque a veces salen, sobre todo de noche, solos. A buscarse comida, por ejemplo. No hacen cocinar a su madre, como vos.

Yo a veces salgo, me contestó.

Dudé antes de contestar.

Cuándo.

Cuando mi madre se va a trabajar. O a la madrugada. Ella no escucha, duerme con pastillas.

No te creo.

¿Sabés qué es lo mejor de los japoneses? Que clasifican fantasmas.

Decime a qué hora salís y nos encontramos.

Los fantasmas de chicos se llaman *zashiki-warashi* y se supone que no son malos. Los malos son los fantasmas de mujeres. Tienen muchos espectros que son chicas cortadas por la mitad, por ejemplo. Se arrastran por el suelo, son torsos, si los ves te matan. ¿O se dice si *las* ves? Hay un tipo de fantasma madre, se llama *ubume*, es la que se murió en el parto. Roba chicos o les trae caramelos. A los fantasmas de los muertos en el mar también los diferencian.

Decime a qué hora salís y nos vemos.

Es mentira que salgo.

Cerré violentamente su ventana aunque él no se desconectó, seguía verde. No voy a pararme frente a su casa durante las seis horas que su madre pasa en el trabajo a ver si sale, prometí, y cumplí.



Internet en los años noventa era un cable blanco que iba desde mi computadora hasta la ficha del teléfono, cruzando la casa. Mis amigos de internet se sentían reales y yo me angustiaba cada vez que se cortaba la conexión, o la electricidad, y no podía encontrarlos para hablar de simbolismo, *glam rock*, David Bowie, Iggy Pop, Manic Street Preachers, ocultistas ingleses, dictaduras latinoamericanas. Una de mis amigas estaba encerrada, me acuerdo. Era sueca, tenía un inglés perfecto—yo casi no tenía amistades argentinas online—. Tenía fobia social, decía. No recuerdo su nombre. No puedo recuperar sus mails, quedaron en una máquina vieja. Desde Suecia me enviaba documentales en vhs y cd imposibles de conseguir fuera de Europa. Entonces no me preguntaba cómo hacía para llegar hasta el correo si supuestamente no podía salir. Quizá mentía. Los paquetes, sin embargo, llegaban desde Suecia: no mentía sobre su locación. Conservo las

estampillas aunque las cintas de los videos ya se llenaron de hongos y los CD dejaron de funcionar y ella se desvaneció para siempre, un espectro de la red, y no puedo buscarla porque no recuerdo su nombre. Me acuerdo de otros nombres. Rhias, por ejemplo, de Portland, fanática del decadentismo y los superhéroes. Teníamos una especie de romance y ella me mandaba poemas de Anne Sexton. Heather, de Inglaterra, que todavía existe y que, dice, siempre me agradecerá haberle hecho conocer a Johnny Thunders. Keeper, que se enamoraba de jovencitos. Otra chica que escribía poemas hermosos que tampoco puedo recordar, salvo algún verso malo, “my blue someone”, por ejemplo. Mi alguien triste. Marco se ofreció a recuperarnos por mí. A todas mis amigas perdidas. Dice que el encierro lo volvió hacker. Pero yo prefiero olvidarlas porque olvidar a la gente que solo se conoció en palabras es extraño, cuando existieron fueron más intensas que lo real y ahora son más distantes que desconocidos. Les tengo un poco de miedo, además. Encontré a Rhias por Facebook. Aceptó mi amistad y yo la saludé muy contenta pero ella no contestó y nunca más hablamos. Creo que no me recuerda o me recuerda poco, vagamente, como si me hubiera conocido en un sueño.



Marco nunca me da miedo salvo cuando habla de la *deep web*. Dice que necesita conocerla. Lo dice así: que lo necesita. La *deep web* es la cantidad de sitios que no se indexan en los buscadores. Es mucho más grande que la web superficial que usamos todos. Cinco mil veces más grande. No entiendo y me aburren sus explicaciones sobre cómo alcanzarla pero él asegura que no es tan difícil. Qué hay ahí, le pregunto. Se venden drogas, armas, sexo, me dice. La mayor parte no me interesa, dice, pero hay algunas cosas que quiero ver. El cuarto rojo. Se refieren a un chat room que se llama *red room*. Se paga para ver. Se habla de una chica torturada a la que un hombre negro delgado le revienta las tetas a patadas. Después la violan hasta matarla. Está en venta el video de la tortura y también un archivo de audio de sus gritos que no se parecen a nada humano y son inolvidables. Y quiero conocer la RRC. Qué es. La Real Rape Community. No tiene reglas. Ahí se mata a chicos de hambre. Se los obliga a tener sexo con animales. Se los ahorca y, claro, se los viola. Es el lugar más perverso de la web, o era. Ahora apareció un lugar de sexo con cadáveres.

Tener sexo con chicos es mucho peor que con cadáveres, le escribo.

Claro, contesta Marco.

De dónde sacarán los cadáveres de chicos.

De cualquier parte. No sé por qué “ustedes” creen que a los chicos se los cuida y se los quiere.

¿Te hicieron algo de chico?

Nunca. Siempre me preguntás lo mismo, siempre querés explicaciones.

Me parece que todo eso de la *deep web* es mentira. ¿A quién le decís “ustedes”?

No es mentira, hay artículos en diarios serios. Buscalos, hablan de los sitios para contratar asesinos y comprar drogas, sobre todo. Ustedes, gente como vos.



En el segundo año de la secundaria me teñí el pelo de negro con henna, una tintura temporaria y supuestamente poco dañina que me dejaba el cuero cabelludo manchado mientras perdía mechones como si estuviera en un tratamiento de quimioterapia. En el colegio no me decían nada, estaban acostumbrados a que las chicas se volvieran un poco locas, es lo que hace una chica a esa edad. La profesora de historia me trataba especialmente bien aunque yo no era buena estudiante.

El perro azul

Federico Falco

Les daba miedo dejar la estufa prendida durante toda la noche, así que la casa siempre estaba helada cuando se despertaban. Lo primero que Juan Carlos hacía, tiritando y todavía medio desnudo, era volver a encenderla. Después se cambiaba en silencio, sentado en el borde del colchón. Entornaba la puerta y salía del dormitorio en puntas de pie para no molestar a Nilda, que dormía.

En la cocina había una mesa de formica gris, seis sillas de caño y una ventana cubierta por cortinas a cuadros blancos y amarillos. La ventana daba a un pasillo lateral tan estrecho que solo permitía el paso de un hombre y una bicicleta. Si se descorrían las cortinas, lo único que podía verse era el salpicré blanqueado del tapial

alto que cercaba la casa y delimitaba el pasillo.

Juan Carlos puso la pava en el fuego y prendió la radio. Entreabrió la puerta del patio. Afuera estaba frío y oscuro. Las macetas cubiertas con lonas y papeles de diario apenas se distinguían junto a las paredes. Sobre las baldosas de cemento se oyeron las pisadas de la perra, que corría hacia la cocina.

Debés estar congelada, dijo Juan Carlos y la dejó pasar. La perra movió la cola y dio dos vueltas alrededor de sus zapatos. Tenía manchas blancas y negras y el pelo brillante. Nilda la había encontrado una mañana, medio muerta de hambre, frente al almacén. Se llamaba Pitufina.

Vení, entrá, sentate a lado de la estufa, le dijo Juan Carlos. Después

Una tarde a la salida me preguntó si quería conocer a su hija. Estaba temblando, me acuerdo, y fumaba: ahora si una profesora fuma delante de una alumna es vagamente vergonzoso, pero hace veinte años pasaba inadvertido. Antes de que yo pudiera contestarle, sacó una carpeta de tapas negras y me la mostró. Tenía hojas anilladas y en cada hoja dibujos y anotaciones. Los dibujos eran de una mujer de pelo negro y vestido negro sentada entre hojas de otoño o tumbas o entrando a un bosque. Una bruja hermosa y alta, dibujada a lápiz. También había un dibujo de una chica cubierta con un velo, como una novia o una primera comunión anticuada, que llevaba arañas en las manos. Lo escrito eran entradas de diario o poemas. Recuerdo una línea, decía: “quiero que me rebanes las encías”.

—Es la carpeta de mi hija —dijo—. No sale de casa y creo que podrían ser amigas.

Pensé, me acuerdo, que la chica dibujaba muy bien. También que una chica que dibujaba así no tendría ningún interés en mí. No le contesté a la profesora, no supe qué decirle, murmuré que me esperaban mis padres. No era verdad: caminé hasta mi casa sola. Pero cuando llegué, se lo conté a mi mamá. Ella tampoco dijo nada pero cuando más tarde habló

por teléfono lo hizo encerrada en su habitación.

La profesora no volvió a dar clase. Mi madre había hablado con la directora del colegio. La profesora no tenía hijos, no tenía una hija que dibujase brujas, ni viva ni muerta. Había mentido. Me enteré años después. Mi mamá me explicó, entonces, que la profesora se había tomado licencia para cuidar de su hija enferma. Mantuvo la existencia de la hija fantasma. La directora también lo hizo. Yo creí en la chica encerrada durante años y hasta intenté reproducir esos dibujos de bosques, tumbas y vestidos negros dibujados por una mano de adulta solitaria.

No recuerdo el apellido de esa maestra. Sé que Marco podría localizarla con sus habilidades de detective web, pero prefiero olvidar a esa otra mujer triste que quiso llevarme a su casa una tarde después de clase, quién sabe para qué.



Marco está cada vez menos en verde, prefiere el anaranjado, el estado de reposo; está encendido pero lejos, es el estado que más se acerca al gris. El gris es el silencio y la muerte. Cada vez me escribe menos. Su madre no lo sabe, mejor dicho, miento y le digo que hablamos como siempre. Mis mensajes

se acumulan. A veces encuentro que los respondió, por la mañana.

Cuando una noche se enciende verde una vez más, él habla primero. Cómo sabés que soy yo, dice. No me ve, puedo llorar sin vergüenza. Ahora hay programas, escribe, que pueden reproducir a un muerto. Toman toda la información de una persona que hay diseminada por internet y actúan con ese guion. No es muy distinto a cuando te mandan publicidad personalizada.

Si fueras una máquina no me dirías esto.

No, escribe. Pero, ¿cómo te vas a dar cuenta cuando sí sea una máquina?

No me voy a dar cuenta, le contestó. Ese robot no existe todavía, sacaste la idea de una película.

Es una idea hermosa, escribe.

Le doy la razón y espero. Él ya no tiene nada que decir, nada sobre cuartos rojos y fantasmas vengativos. Cuando deje de hablarme para siempre voy a mentirle a su madre. Le inventaré fabulosas conversaciones, incluso le daré esperanzas: anoche me dijo que quiere salir, voy a decirle mientras tomamos café y espero que él decida escaparse mientras ella duerme su sueño químico, espero que no se acumule la comida en el pasillo, espero que no haga falta tirar la puerta abajo. —

subió el volumen de la radio. Un locutor informaba sobre el estado del tráfico en Buenos Aires. Había un par de puentes cortados; uno de ellos, por un accidente. Juan Carlos se agachó junto a la estufa y controló la llama azul que latía adentro.

En cinco minutos se va a poner calentito, dijo y la perra se frotó contra sus piernas.

Cuando terminó el informe del tránsito, dos locutores dieron las primeras noticias del día. Eran las seis y diez de la mañana. Juan Carlos calentó leche en el hervidor y se preparó el desayuno con café instantáneo. De la alacena sacó un paquete de galletitas y comió algunas. Mientras tanto, los dos locutores comentaron una noticia extraña: en un pueblo cerca de Santa Fe, una

perra había parido un cachorrito de color azul. El resto de la camada tenía pelajes normales, pero el último en ser expulsado era notablemente azul. El locutor informó que se encontraban en comunicación directa con la dueña de la perra y comenzó a hacerle preguntas.

Es una perrita común y corriente, decía la voz de mujer, que sonaba metálica por la transmisión. La trajo mi hijo un día, hará tres o cuatro años. Nosotros pensábamos que no podía quedar preñada, porque antes ya varias veces había tenido embarazos psicológicos. Se ponía gorda y llevaba trapitos o ropa vieja debajo de la pila de la leña, para armarse la cucha. Después de unos días volvía sola. Esta vez yo pensé que sería lo mismo pero ayer de mañana nos encontramos

con que parió nomás. Tres cachorritos y uno, el último, que es el que salió azulcito.

¿Fue un parto normal?, preguntó el locutor.

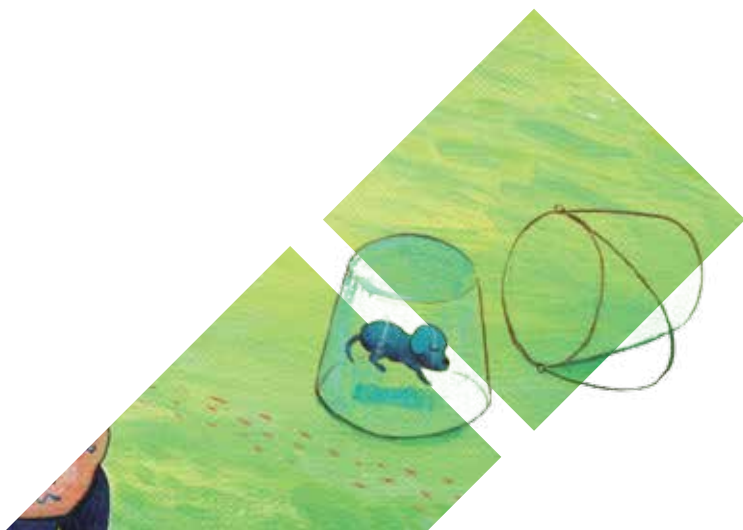
Normal, normal. Me la encontré porque fui a buscar troncos para prender el calefón, si no, ni nos enterábamos.

¿Y cómo es esto del cachorrito azul? ¿Cómo se comporta? ¿Qué dicen los veterinarios?, volvió a preguntar el locutor.

Igual que el resto, respondió la mujer. La madre no hace ninguna diferencia entre él y los otros tres. Duermen todo el día y toman la teta, son chiquititos, todavía no abrieron los ojos.

¿Los veterinarios qué opinan?

Mire, aquí, cuando lo descubrimos, mi hijo fue a contárselo al de la



radio y se enteró todo el pueblo. Vino el doctor y, según él, nunca había visto algo así. Le sacó un montón de fotos. Él calcula que con los días se va a ir aclarando, hasta volverse blanco. Los de la universidad todavía no llegaron. Esta tarde van a andar por acá.

¿Cómo es un cachorro azul? ¿Azul como qué es?, preguntó el otro locutor, que hasta el momento había permanecido en silencio y que cumplía funciones más de comentarista que de entrevistador.

Es azul fuerte, contestó la mujer. Como si lo hubieran bañado en anilina.

Los dos locutores hicieron más preguntas sobre el perro, pero Juan Carlos apagó la radio. Ya había terminado su café. Lavó la taza y la apoyó boca abajo en el escurridor. Guardó el paquete de galletitas en la alacena. Buscó su campera y se la puso. Se envolvió el cuello con una bufanda gruesa. Fue al dormitorio y le tocó el hombro a Nilda.

Me voy, dijo. Te dejo la estufa prendida.

Nilda estiró la mano y prendió el velador. Tenía la cara hinchada y el pelo revuelto.

¿Heló afuera?, preguntó.

Parece que sí, dijo Juan Carlos.

Nilda se sentó en el borde de la cama y se calzó las pantuflas. Enseguida se metió en el baño. Juan Carlos salió y fue hasta el galponcito, donde guardaba la bicicleta. La perra corrió tras él y se metió al gallinero, en el fondo del patio.

¿Qué vas a hacer para allá? Dejé de hacer lío. Volvó adentro, la llamó Juan Carlos, pero la perra no hizo caso.

Juan Carlos miró su reloj. Se le hacía tarde. Sacó la bicicleta del galponcito, la llevó a la rastra y la empujó por el manubrio a lo largo de todo el pasillo. Los codos de la campera rasparon el salpicré blanqueado de la pared y se mancharon. Al pasar frente a la ventana de la cocina vio, detrás del cuadrículado amarillo y blanco de las cortinas, a Nilda, en bata, preparando el mate. Después montó en la bici y se alejó pedaleando lento. El chirriar de la cadena era lo único que se oía en la calle oscura. Lejos, del otro lado del descampado, se veían las luces de la estación de servicio. De tanto en tanto, traídos por el viento, a ramalazos, llegaban los sonidos de autos, de camiones que pasaban a toda velocidad.

Nilda se cebó el primer mate con el agua caliente que había dejado su marido. Corrió un poco la cortina de la puerta del patio y miró las macetas tapadas. Debajo de la canilla, en la batea de cemento que recogía las pérdidas de agua se había formado una capa de escarcha. En el reborde del pico brillaba una gota congelada. Nilda cruzó sobre su pecho las solapas de la bata de paño, tiritó y abrió la puerta.

Pitu, Pitu, gritó hacia afuera.

Pitu, llamó nuevamente. ¿Dónde te metiste?

Hacía demasiado frío y Nilda volvió a la cocina. Tomó otro mate y se frotó las manos. En el dormitorio, sin sacarse la bata, se puso un par de cancanes gruesos y, encima, unas medias de toalla. De la silla junto a la mesa de luz tomó un pantalón de jean y un pulóver rojo muy grueso. Debajo de la cama estaban sus zapatos de invierno.

Pitu, Pitu, volvió a llamar mientras salía.

La perra no estaba ni en el lavadero ni en el primer patio, cementado y rodeado de macetas. Nilda hurgó entre las lonas con que tapaba las plantas. Solo vio unos geranios que, pese a la protección, la helada no había respetado. En el segundo patio, frente al galponcito, el limonero envuelto en arpillería parecía un espantapájaros deforme. Más atrás, los canteros de acelga se alzaban verdes y frescos; sobre ellos la escarcha se confundía con rocío. El único árbol con hojas era un inmenso laurel, al fondo, entre los almácgos de zanahorias y las hileras de coliflores que empezaban a cogollar. Dentro del galponcito había olor a herramientas, a tierra y a aceite reseco. Frente a la ventana, sobre el banco de trabajo que Juan Carlos nunca utilizaba, se oxidaban pinzas y gubias. Nilda miró debajo del banco y detrás de un aparador viejo. La perra no estaba allí.

Solo quedaba el gallinero. Era el último lugar posible. Si la perra no se había escondido entre las latas que las gallinas usaban como nidos, era porque otra vez había escapado a la calle.

¿Pitu? ¿Estás acá?, llamó Nilda desde el otro lado del alambre tejido.

Las gallinas creyeron que Nilda les llevaba las sobras, o que ya había llegado la hora del maíz molido y se alborotaron y corrieron hacia la puerta. Nilda caminó entre ellas sin hacerles caso, espantó con la mano a las más insistentes. En un nido encontró un huevo recién puesto que todavía humeaba en el aire frío y en otro, una gallina vieja que se acurrucaba sobre la paja y se negaba a salir. El resto estaba vacío.

Un gemido largo surgió desde la esquina final del gallinero, detrás de una chapa oxidada que se apoyaba sobre la medianera. Nilda se acercó y levantó la chapa. La perra había armado allí una especie de cucha de trapos y pasto seco. Recostada sobre uno de sus lados, hacía fuerza y gemía con la cola escondida entre las patas. Nilda se la levantó: un chorrito de sangre se escapó de la vulva dilatada.

Serás puta, dijo. Ya te han preñado de nuevo. Si se entera Juan Carlos te mata.

La perra recibió el reto con ojos angustiados.

¿Cómo hiciste para que no nos diéramos cuenta? Yo no te noté gorda.

La perra bajó la cabeza y la escondió entre las patas. Con el último gemido, por entre los labios oscuros apareció una cabeza brillante, cubierta de baba, que resbaló lentamente y cayó al suelo. Nilda tomó el bulto entre las manos. Estaba caliente. Con sus uñas perforó el moco de la membrana. Un hociquito rosado apareció y respiró por primera vez. Sin darle tiempo a nada, Nilda lo sumergió en el tambor donde juntaba agua de lluvia para regar las plantas. El cachorro alborotó el hielo delgado de la superficie y pareció nadar un instante, pero enseguida se quedó quieto.

Después Nilda fue hasta la casa y buscó un banquito plegable, un par de guantes de lana y una manta tejida, con la que se cubrió la cabeza y los hombros. Se sentó en el fondo del gallinero, junto a la perra, a esperar. Media hora más tarde, nació el segundo cachorro. Nilda también lo sumergió en el agua helada. Se quedó junto a la perra toda la mañana, sentada en el banquito, cubierta con la manta. A medida que nacían, zambullía a los perritos en el tambor. En total, Pitufina tuvo cuatro cachorros. El último nació con el pelaje completamente azul. A Nilda le pareció raro, pero lo ahogó igual. Después se sacó los guantes, buscó alcohol y limpió a la perra con un algodón empapado. La cargó en brazos y la llevó a la cocina. La perra temblaba. Nilda la acomodó sobre un almohadón, cerca de la estufa.

Tranquila, le dijo. Ya pasó. Ahora quedate quieta que acá está calentito.

La perra se hizo un ovillo sobre sí misma, levantó la pata trasera y se lamó la entrepierna.

Nilda se agachó e hizo girar un poco la llave de la estufa. A través del visor vio cómo la llama crecía hasta llegar al máximo. Se frotó las manos y las acercó al fuego.

Quietita que enseguida vas a entrar en calor, dijo y se sentó al lado de la perra, a esperar. —

El estilista Caruso Pertuso

Aurora
Venturini

“Mi abuelo era un señor... mi padre, también... ¿Usted conoció a mi tío, el periodista?”

Pertuso es el peluquero de damas y caballeros. Dicese estilista.

Está peinando a una dama adinerada porque al atelier de Caruso solo concurren las de ese nivel aunque no integren familias consideradas distinguidas o de rango.

La dama llamada Amanda es viuda y dueña de un lujoso palacete de los que hasta hace poco rodeaban la Plaza Moreno de La Plata y ahora son departamentos en propiedad horizontal, “bicheros”, opina una dama anticuada. Creo que tiene razón.

Daba gusto pasear por los amplios espacios de aquellas antigüedades. Las plantas, las trepadoras, el bosquecito particular de las familias fundadoras rodeando la plaza más bella platense.

Amanda y su esposo fallecido hicieron fortuna vendiendo cuero de las vacas y toros de su estancia sita en Villa Elisa, localidad vecina a la ciudad de Rocha.

Caruso, mientras acicala la cabeza de Amanda, rodea su importante entorno. Le acomoda un bucle, le

vuelve a peinar un rulo, le pone un espejo atrás: “¡Mire qué cabeza!”

Suspira por sus fosas nasales peludas: “Mi abuelo fue un señor, mi padre, etcétera...”

“¿Qué?”, inquiera Amanda.

“Nada... estoy recordando.”

Vuelve a suspirar y los pelos salientes del naso se sacuden cual pedúnculos vegetales:

“Todo era mejor en la infancia”, nuevo suspiro y pose melancólica.

Va hacia el pequeño mueble donde cobra su trabajo y en voz baja y confidente canta el precio exorbitante que la clienta paga sin pronunciar palabra pensando que el peluquero es chorro.

Ocurre algo raro en la relación entre la clientela especialmente femenina y Pertuso. Todas piensan que es chorro, pero ninguna protesta.

Su continua, constante charla adormece con cierto encanto de canto dulzón.

Una vez se enfermó, según dijo, se sometió a una operación quirúrgica por afección hepática; cerró el atelier y lo extrañaron.

Volvió a los seis meses pálido y algo introvertido, cubierto el rostro tosco con barba hirsuta, peinado con colita hasta la espalda algo encorvada por la obligada pose de profesional del pelo.

Contó alternativas de su operación: “Me las vi mal...”, ojos en blanco y tijera cadente.

Lenguas afiladas contaron que tal afección de hígado era una falacia y que fue afección de “barbijo” o sea tajo en la mejilla izquierda por vendetta amorosa en el bodegón de Zippo, el siciliano, a cuyo papá, años ha, enzocaron una banana brasilera de cáscara durísima en el orto, y el viejo sosteniéndose los pantalones llegó al hospital.

Gritaba: “¡Me amasaron, *mamma!* ¡Criminales!”

Lo tuvieron que operar. Dicen que le quedó el orto muy ampliado y desde entonces lo han motejado “Zippo, de cagar feliz”.

Porque la maniobra le resulta fácil.

La cirugía de Pertuso en la mejilla izquierda cubierta por frondosa pelambre oculta el drama del bodegón.

La mentira es de vida breve.

La vida es como el mar que devuelve cuanta cosa extraña cae en su lecho y así solo no se sabe lo que no se hace.

El drama tradicional isleño no termina aquí. Así es como se supo que Zippo, cuyo apellido Pertuso decoraba el nombre de Caruso, el estilista, era su progenitor. Además, no era señor, es decir noble, sino Zippo Pertuso, el del gran agujero.

LO QUE LE OCURRIÓ A LITO PICCIO

Caruso Pertuso tuvo varias parejas románticas, siendo la última la hermana de Lito Piccio, una rubia desabrida taruga y barrigona.

Oficiaba de ayudanta del atelier, su tarea se reducía a barrer. Cumplía faena de cama adentro en casa del estilista.

Una noche la secuestraron, pero no la violaron. La asustaban disfrazados de fantasma: “¡Uh, uh, uh!”

Ella contó esto. La dejaron escapar.

A la familia Piccio se le puso que el honor de la muchacha había sido mancillado, y asesinaron a uno de los secuestradores con un cuchillito Tramontina.

Dicen que Piccio se atribuyó el criminal suceso y lo pagó caro porque en ocasión de estar de guardia, porque era vigilante policial, lo agarraron y lo encerraron en un galpón.

Acto seguido, rociaron con kerosene el pajar y con un fósforo incendiaron todo y a Lito también.

Ojo por ojo, diente por diente, es la mejor forma de hacer justicia. De otra manera, los juicios se postergan, pasan los años y prescriben los crímenes por falta de mérito y comprobación de pruebas; suele haber apelaciones.

A mi parecer, está bien que el que las hace, las pague.

Sacaron en conclusión los descendientes que era peligrosa la asistencia al bodegón de Zippo donde metían objetos en los agujeros y concavidades anatómicas.

Otro caso: Tartarugo Poroto padeció de mal de oído izquierdo, porque le enzocaron un poroto en la oreja de ese lado, que se fue al fondo del órgano y su dueño se olvidó de sacárselo.

Durante una siesta veraniega comprobó, mirándose en el lago, que tenía

una ramita crecida en el lado izquierdo de su cara gorda y lo operaron. Lo apodan Poroto Tartarugo.

No es aconsejable esa bodega.

Aconsejable es asistir al bodegón “Le Tiro”.

A cuatro cuadras más allá, los cofrades que asisten inventaron un canto y lo actúan. En el frente del negocio, en un cartel, se lee: “Para ingresar al salón, quince pesos. Se aconseja traer el objeto y actuarlo.”

Cantan de tal guisa, para lo cual ya han elegido el blanco:

Le tiro con maíz / le rompo la nariz.

Le tiro con la roca / le rompo la boca.

Le tiro con la reja / le rompo la oreja.

Le tiro con la vieja / le rompo la otra oreja.

Le tiro con otra reja / le rompo la ceja.

Le tiro con otra vieja / le rompo la otra ceja.

Le tiro con la araña / le rompo la pestaña.

Le tiro con la maña / le rompo otra pestaña.

Lo tiro por el suelo / arranco el pelo.

Y así continúan con el resto de la anatomía del que cometió algún desaguisado entre parientes o amigo de alguien.

Ejemplo: “Le tiro con un higo, le rompo el ombligo.”

Siguen hasta que el sujeto confiesa y si no lo hiciera “le tiro con la cuerda y lo hago mierda”.

“Le Tiro” es propiedad de Angelo Viccicomi, reconocido e ilustradísimo creador de métodos conectivos de la conducta. En su juventud, en Siracusa, fue digno signore, capo della mafia.

LA NIÑA CHOLE Y SU MAMÁ

El atelier de Caruso Pertuso abrió a las ocho de la mañana y la ayudanta sacó la bolsa de basura y empezó a barrer. Caruso empezó a chupar mate por la bombilla exponiendo ante los objetos del negocio, incluida Asunta, o sea, la ayudanta, una filosofía muy suya sobre el “arte de barrer”.

“No cualquiera barre bien... es arte menor, pero arte al fin y al cabo... Uno agarra la escoba de paja; es mejor que

el escobillón. Me invade el recuerdo de mi abuela. ¡Oh!... sí... era una dama. Vos sabés, Asunta, que enjabonaba su cara con jabón de óleo y tenía la paciencia de aguardar la madrugada para enjuagarla con el rocío del amanecer; ¡qué cutis de porcelana! Mi Nona odiaba el escobillón y cualquier otra tecnicidad; ¡la escoba, la escoba tradicional... la escoba de paja! ¡Oh, la escoba! Barría parsimoniosamente y volvía al mismo lugar varias veces hasta comprobar que ahí no quedaba un rastro ínfimo de polvo atmosférico que es veneno pulmonar... Ella aseguraba que las enfermedades vienen por absorción de polvo atmosférico.”

Asunta cree haber oído algo acerca de la naturaleza del polvo atmosférico, pero calla; no es afecta a la discusión con su amante.

A las nueve, viene la primera clienta: Amanda deslucía el peinado de la semana anterior.

El estilista besó la mano pulida de la dama viuda y poderosa que instaló un negocio de bisutería y otras fantasías de moda.

El estilista puso fin a su filosofía de barrer con “quien barre bien merece respeto, porque respeto la higie-ne pulcra”.

La clienta sentó su gordo culo en una silla con muelles frente al espejo. Volvió a abrirse la puerta y entraron doña Pochola del Chello y su hija Niña Chole, que padecía mal de Down levisísimo, muy leve, lo que le permitía concurrir con chicos de su edad a una escuela común privada, que para eso la familia tenía plata.

Las facciones del estilista se abrumaron.

Niña Chole no callaba absolutamente nada de lo que veía. Se dedicaba a divulgar la verdad desnuda.

Amanda indicó: “Hágame un peinado moderno.”

“Habíamos quedado en tutearnos”, dijo él.

Ella corrigió: “Haceme un peinado moderno.”

Él, con inclinación cortés: “Así está mejor.”

Niña Chole estiró el cogotito espetando: “No puede porque es viejo... peina en viejo el peluquero.”

Pertuso restregó sus manazas como si las enjabonara para esperar el rocío

y enjuagarlas, y del movimiento de restregarse salía olor a odio criminal.

Dijo: “Niña Chole, yo peino moderno... no soy viejo sino de edad propecta.”

Niña Chole entendió que era un viejo de probeta. La nena aprobó el quinto grado con muy buenas notas. A veces confundía ciertas expresiones raras y las del peluquero lo eran.

Había visto en un sanatorio infantil, en el laboratorio, una probeta con un feto deforme; entró ahí sin permiso. Sabía qué era una probeta.

“¿Por qué no te quedaste un poco más en la probeta? Así estarías más lindo.”

Había soñado luego de ver el feto bailoteando en el líquido que estaba curándose de una afección que lo deformaba. Soñó que cuando lo sacaron estaba precioso.

Dedujo que la debían haber dejado a ella unos días más en su probeta y ahora sería la más linda de la escuela.

Igual se aceptó.

Niña Chole era un ángel de inocencia, por eso resultaba insufrible.

Pochola del Chello hizo un gesto posándose la mano sobre la boca en señal de “cállate” y la nena gritó: “¿Qué te pasa, ma?... ¿te molesta la prótesis nueva?”

Silencio sepulcral en el atelier.

Niña Chole se ha adormilado.

Caruso acicala a Amanda y le pone el espejo atrás.

“¡Qué cabeza adorable, Amanda!”

“No es para tanto, Caruso.”

Suspira él: “Sí... y es para mucho más.”

Pochola del Chello y Niña Chole conocen a la nueva cliente que entra al atelier. Concepción Canosa de Cáspita, española nacionalizada, a quien sus coterráneos afectuosamente llaman Conchita.

Niña Chole se ha despertado, ha puesto su manita gorda a sostener su cabeza y estaba ordenando las palabras de su próxima locución.

Pregunta a doña Concepción: “Señora, ¿por qué los gallegos la insultan cariñosamente?”

“Qué me estás diciendo, Niña Chole, que no entiendo.”

“Señora, yo me enojaría si me dijieran conchuda...”



Pochola desearía estar enterrada a cien metros bajo tierra.

El atelier es un tenso nervio próximo a estallar y romperse.

Caruso Pertuso pasa cerca de Niña Chole con la tijera cadente que brilla amenazante.

Niña Chole murmura con nitidez: “A ver si este hijo de italiano me corta la cara.”

La chica sabe todo porque vive con la oreja pegada a los grupos de su familia cuando se reúnen con amigos.

Su memoria es fotogénica.

Pochola vuelve a hacer la señal de “cerrá la boca”.

La chica dice: “Ma... la prótesis es suiza, tiene que ser cómoda.”

La buena española nacionalizada intenta tranquilizar el ambiente.

“Ya sé a qué te refieres, Niña Chole, porque Concepción es Concha de sobrenombre.”

Efecto de suma de neurosis de las féminas y para colmo hay un masculino, el ingeniero Ribello, que ha venido a emproljar su corte varonil. No le gusta el cabello largo y los hombres con aro; es ruboroso y está colorado, los ojos azules lagrimosos. Desea ocultar su estado crítico y agarra una revista de una mesita. Acto seguido,

la deja con rapidez porque es de modas de dama.

Niña Chole sabe derivados de la lengua, materia que le encanta y dice: “Conchuda deriva de concha y no es algo bueno.”

Silencio y paciencia.

“A ver a quién tengo el gusto de peinar”, dice el estilista.

Se va la tarde con dulzura platenese, fuera del recinto de la coquetería algo anticuado de Pertuso.

Cuando Caruso Pertuso habló de la piel de seda de sus abuelas

“Todo tiempo pasado fue mejor”, opina el estilista y sigue. Y sigue con la historia de que se lavaban la cara con el jabón de palma de oliva y el rocío del amanecer. “Con un algodón repasaban sus caras aún somnolientas para aprovechar esa lluviecita delicada. Habían bajado por las escaleras de mármol de la gran casa.” Esto ya se lo había contado a Asunta y lo repite con más galanura.

Los ojos rasgados de Niña Chole divagan de un lado a otro alrededor del estilista y su memoria fotográfica trae una escena de venta de papas, patatas, tomates que es de Zippo Pertuso como también es de Zippo Pertuso el de cagar feliz por

la ampliación del orto, y también El Bodegón.

Y ahora oye la exclamación de Niña Chole:

“No puede ser... su mamá y su abuela vendían papas, patatas, tomates y atendían a los clientes con las manos ordinarias, la cara arrugada y en patas.”

Pochola agarra a su nena y trata de arrastrarla hasta la puerta del atelier. Ella se resiste y sigue: “A su pariente, abuelo o papá le enzocaron una...”

Al fin la madre puede dominarla.

Cuando Pochola del Chello, mamá desesperada, abre la puerta del auto, la nena vuelve a la vidriera del atelier y con su dedo gordo reedita el corte de cara en la mejilla desde la barbilla hasta la oreja.

Ríe, saca la lengua, va a la puerta del auto. Dice: “Ya está, ma.”

Se reclina y entrecierra sus ojos orientaloides.

Mamá Pochola de pronto piensa: “¿Hasta cuándo deberé cargar con este bagayo?”

En realidad por este bagayo pierden reuniones sociales, conferencias, a su marido, a sus amigos.

De pronto, arrepentida, acaricia el cabello de la nena que le dice:

“Ma... ¿por qué pensás así?”

Caruso Pertuso desbarrancado en un sillón medita en voz alta: “Los anormales no debieran estar con nosotros.”

Una cliente se enoja y espeta:

“¿Por qué decís esto? Niña Chole es normal y aprobó la primaria con buenas notas. Va a música, solfea y canta.”

Caruso vuelve a meter la pata: “El *Führer* de Alemania tenía razón cuando los incineraba y también a los judíos.”

Las hermanas Stemberg son viejas, asiduas clientas y se van dando un portazo.

La peluquería pseudoatelier se vacía.

Una clienta con rulos se queja y Pertuso le dice que a ella la peinará ni bien se reponga tomando unos mates que le ceba su pareja panzona.

El peluquero sabe que debe clausurar su pretencioso y arruinado negocio.

LA CASA DE CARUSO PERTUSO DOLARIZADA

La casa es ruinoso, llena de rasgaduras y agujeros que el dueño trata de solucionar con ladrillos, chapas y cartones, pero que con las tormentas vuelven a aparecer y el dueño coloca palan-ganas, ollas, escupideras para que el agua no invada los miserables recintos habitacionales.

Él duerme en un camastro arrinconado donde el diluvio no llega.

Al fondo de la propiedad, en un galpón, hay herramientas, lonas y palas. Hay clavos y martillos en cajas de zapatos. Son dos cajas que contuvieron los dos pares de zapatos que Pertuso compró durante su ya larga vida de casi ochenta años.

De gallinas, huevos y pollos de su gallinero se alimenta, y del producto de una huerta exigua.

Suspira: “Igual que mis ancestros... mi abuelo era un señor; mi padre, también.”

Caruso Pertuso habita su universo personal y si se despertara, moriría.

Odia a Niña Chole.

De repente, le viene en mente la relación con su pareja que vive en una casita humilde, pero cómoda, y como hija de italianos cocina como los dioses.

Pertuso resuelve ir a almorzar a la casa de Asunta. Y a la mañana siguiente le anuncia por teléfono su visita. Después recapacita: “Hay que visitar a los pobres, a los humillados.”

Se relame anticipando el ágape de sorrentinos deliciosos, del pan fresco, del vino y el postre de budín de pan.

Ya en su auto en marcha siente una punzada hambrienta en la panza, pues el intestino exige comida. Acelera. Llega. Ella lo está esperando en la puerta con expresión de alegría.

“Es un favor que le hago. Que Dios me compense.”

Desde ya, huele rico. Rico huele y la saliva inunda su boca.

Asunta ha preparado un tentempié anticipado al ágape.

Pertuso emprende la faena alimentaria.

Agarra escarbadiente y erra el pinchazo al quesito que sale volando del plato al mantel. Él insiste y lo acribilla en el mantel. Entre pincho y no pincho manduca el contenido riquísimo

de numerosos platitos y la mayonesa amarilla y sabrosa; bebe vermut con Campari.

Asunta lo mira y reflexiona: “Caruso no ha comido desde que cerró el atelier.”

Él la mira y reflexiona: “Si no fuera tan simple me casaría con ella... pero mi abuelo era un señor y mi padre también.”

El invitado sabe que la cocinera además de comida hace brujerías y concurre a una casa misteriosa cuya dueña es bruja hecha y derecha.

A la bruja, en el suburbio embarrado, le tienen miedo. Vuelve a su mente Niña Chole y se atreve a una peligrosa proposición.

Devorando sorrentinos mientras la salsa al fileto le resbala por la barba hirsuta, se atreve: “Asunta, tenés que ayudarme; ojo por ojo, diente por diente, contra la mogólica Niña Chole o tendré que batirme a duelo con su padre a espada, filo contra filo y punta. Ya dije, la espada heredada de mi abuelo y de mi padre, y acaso muera en combate.”

Asunta siente afecto por Niña Chole; Caruso se atreve a más y ofrece: “Si me hacés el favor de brujería contra el monstruito, nos casamos. Y te daré un anillo de oro con un diamante que fue de mi abuela.”

Asunta sabe lo de la venta de papas, patatas y tomates.

Vagamente le promete: “Voy a ver.”

Caruso come, come, come. Bebe, bebe, gotea salsa en su barba. Come y bebe.

Sumergido en profunda sueñera pone la cabeza sobre sus brazos y ronca. Asunta levanta la mesa y pasa un trapo para limpiarla; entrecierra la puerta y va a la cocina. Trajina silenciosamente. No quiere turbar la siesta de Pertuso que se ha saciado la panza tipo chanco y eructa. Asunta resuelve siestear en el dormitorio.

Va llegando un atardecer seco y aburrido. Más tarde ella zurcirá medias, planchará... Es ama de casa ejemplar.

Caruso Pertuso bostezará y con un escarbadiente mondará su dentadura caballuna común en los italianos sureños, que mueren todos con los dientes puestos.

Finalmente se despedirá. Pero antes cebará unos matecitos acompañados de sándwiches de mortadela que según él es el fiambre más sano, mejor que el jamón. Tragará tres, por lo menos.

“Es sano evitar la cena, no hay que dormir con el estómago lleno. Así me aconsejaba mi Nona, que fue una dama de cutis de porcelana y manos de pianista. ¡Qué gran dama... ya no hay!... ¡ya no hay!”

Asunta piensa, pero sin palabras, que se está cansando de las cantinillas de Caruso. Además Tomasino, el carnicero, le hace los bajos. Con miradas soñadoras y párpados titilantes cual estrellas fugaces. No está mal Tomasino. Pero sabe que Caruso tiene una sevillana “trac-trac”, que sale cortando. Por nada del mundo expondría su piel rosada a que la desfigurara con un barbijo siciliano. Cuando Pertuso se acercó a Niña Chole con la tijera cadente, ella temió que la esgrimiera con saña y lastimara a la nena atrevida.

Pertuso acostumbra amenazar. Hasta ahora no se le ocurren más ataques que el que recibió en la mejilla izquierda profundamente, y apenas lo puede esconder bajo su barba hirsuta.

Asunta, no obstante el miedo, alienta a Tomasino con requiebro femenino de “mirá qué culo tengo”. No es tonta la tanita.

Ya han mateado y sangucheado. Ya Pertuso sentó el ídem de su apellido en el viejo automóvil y marcha a su pocilga.

“Cumplí con esa alma enamorada...”

En la pocilga se le va el sueño y resuelve emproljar los dólares. La casa espantosa oculta una fortuna. El dueño desde hace muchos años no ha gastado ni un peso.

Cada fin de semana junta los pesos ganados en el atelier y los dolariza. Después los envuelve en diarios, en cartones, en diarios, en cartones y los esconde en el sótano. En el entretecho no, porque entra el agua cuando llueve.

Próximo al patio de ladrillo hay un pozo que antes se llenaba de agua y, mediante un balde descendido por cadena y roldana, servía a los moradores.

Ahora Pertuso instaló una bomba inutilizando el pozo que usa para guardar dólares.

El pozo lleno hasta más de la mitad encubierto con una madera y una chapa de zinc simula ser algo común, solo un pozo inutilizado con una maceta arriba y una planta de malvón.

Nadie lo ha mencionado. Los dólares envueltos, además, no parecían ser algo importante. La casa dolarizada era más segura que un banco.

EL CAMBIO

Caruso Pertuso se bañó en su casa. En el baño tenía un calefón que funcionaba con kerosene. Después se cortó las uñas de los pies y consoló sus callos con Dr. Scholl. Había puesto a secar su ropa interior y procedió a plancharla con una plancha a carbón.

“Sigo las huellas de mis antepasados que eran unos señores, nada nuevo acá. Novedades, ¡no! Soy fiel a lo heredado.”

Silbaba un tango de Canaro. Terminó esa tarea y sintió hambre y comió un sándwich de chorizo. Tomó un vino marca Cangiani, chupando del botellón.

“Esto es vida”, dijo.

Sentado en el patio enladrillado decidió el cambio.

“Mañana pondré el aviso en el vidrio de la puerta del atelier.”

Suspira añoranzas.

“Es la vida.”

“El maestro estilista desde el lunes atenderá solo a damas en sus domicilios porque decidió poner fin a las atenciones en este atelier.”

Anotó su número de línea y de celular.

Otro aviso: “Se vende este local.” Repetición de los números telefónicos. Acto seguido, cargó en cuatro cajas los elementos de peluquería, especialmente los frascos de tintura de todos los años con restos de colorantes; también los vacíos y las ampollas usadas. Volvió a cargar las cajas en su auto antiguo. Suspiró viendo desde el asiento el frente ofrecido en venta. Suspiró:

“Es la vida.”

En la viñatería compró dos botellones de vino Cangiani.

“Barato pero sano.”

Hizo lo mismo y le flamearon los pelos de su gran nariz. Había decidido gastar unos pesos.

En su pocilga armó sendos sándwiches, uno de mortadela, otro de salame, y llenó un vaso con Cangiani. Se sentó a la mesa, cerca del teléfono que sonó.

“Sí, con el maestro estilista Caruso Pertuso. ¿Con quién tengo el gusto? ¿Rina Huertas? Sí, Rina. Horario matutino de 9 a 13; vespertino, de 17 a 21. Bien... Si hay comodidades no llevo palanganero. Bien, a las 17 estaré en su casa.”

A la hora 17 tocó timbre en la casa coquetona de Rina Huertas. Lo recibió una empleada de servicio y entró a una sala coquetona como la mansión próxima al Parque Saavedra.

“¡Qué zona privilegiada! Ni muy céntrica ni muy suburbana!”, pensó Pertuso, ojos en blanco. Y empezó a hacerse el bocho. Se imaginó casado con Rina y asistiendo a reuniones.

“Permiso”, solicitó. Y extrajo un libro de la biblioteca. Leyó con emoción:

“Título: *Amor querido*.

Te amo mucho y sueño

contigo de noche

tú me amas

el corazón me late

ven a mí

acércate.”

Rina dijo: “Es de mi autoría, soy escritora.”

Opinó Pertuso que estaba divino y que aquel a quien estuviera dedicado sería muy feliz. Ella puso la mano a la altura de su corazón, en su pecho tetón.

Sonó el celular del estilista.

“¿Amanda? ¿Mañana? Bien, a las 17. Besito.”

Dijo: “Amanda es una cliente del atelier. Linda mujer... pero se está enamorando de mí... ¡Ay!”

Rina: “¿Y vos?”

Él: “Hasta ahora nunca sentí lo que estoy sintiendo por vos... pero...”

Rina: “No hay pero que valga... nos casamos y voy a vivir con vos a tu casa.”

Él: “No permitiré que dejes este palacio. Vengo yo... por vos sacrifico mi palacio heredado de mi abuelo y mi padre, que fueron señores... ¡no faltaba más! ¡Nunca me aprovecharía de mi amada!”

Rina: “Esta casa está en venta... cuando murió mi marido quedé con escasos medios económicos y ya vendí el coche que ves ahí.”

El pretendiente empalideció... seguidamente empezó a guardar los frascos y demás objetos desparramados en la mesa. Dobló el nylon de la bolsa agujereada por cuyo agujero Rina metió la cabeza que ahora lucía un monumental peinado duro cual alambre artístico. Agarró su libreta. Estilográfica en mano espetó: “Rina, somos grandes... pongamos en orden nuestros pensamientos... y después... después decidiremos... hay tiempo en adelante... ay, ay, ay.”

EL CIELO SE OSCURECIÓ

Pertuso abrió la puerta de alambre que daba a un pequeño baldío vecino a su casa y entró el auto. Miró el cielo: “Se ha oscurecido de repente.” Observación justa porque el 2 de abril de 2013 ocurrió ese fenómeno en la ciudad de La Plata.

Ni bien se sentó en el banquito del patio enladrillado, la oscuridad se hizo torrente, desbarrancada catarata desde arriba y desde abajo en chifletes soplados por negros bocones empetrolados que acicateaban las paredes y aniquilaban muebles, objetos y aniquilaban a los ciudadanos platenses que corrían cuales pescados muertos a direcciones malditas de muertes nunca ni siquiera imaginadas.

Era el diluvio, el antiguo, el bíblico; era el fin de la tranquilidad, la instalación del pánico en una población serena y disciplinada.

La Fundación de Rocha debió ser lacustre.

El apuro político puede más. Ahora, las cañerías por donde debería correr el agua estaban tapadas. Las vacaciones políticas pueden más.

El apuro y las vacaciones políticas son latrocinio.

Caruso Pertuso vio transcurrir a un vecino inerme; iba raudo sobre el agua negra y aceitosa. Vio salir los paquetes de papel cartón, que en lugar de seguir vía vecino subían, subían cuales bolas de madera que el papel cartón, el cartón papel bien empapados vuelve a su esencia original que es la madera, y las bolas y

los cuadraditos se golpeaban arriba y arriba sonando a castañuela sevillana de cante jondo.

El pozo exhaló en zinc y la tapadera, y escapaban los empaquetados dólares castañeteando igual.

Caruso Pertuso voló con pocilga y todo, y sus últimas palabras fueron: “¡Cómo suben los dólares!...”

El tiempo es un triángulo, una trinidad inmovible por donde los inquietos espacios se llevan todas las cosas, entre ellas al humano.

El tiempo permanece quieto.

Pasó el diluvio. Brotaron cosas de la humedad espacial, poco importantes algunas, como el hecho que Asunta sintió el calor y el sabor de sus sábanas bordadas con Tomasino.

Algunas exclentas del fallecido maestro estilista (según él mismo) buscaron otra peluquería.

Rina no se inundó. Estaba a punto de mudarse cuando decidió ir a peinarse a un atelier cercano. Cuando la dueña le lavó el cabello, el agua se tiñó con los colores del arcoíris; la profesional del pelo opinó que la habían teñido con tinturas viejas de por lo menos dos años o tres atrás.

El barrio de Pochola del Chello no se inundó. Niña Chole cumplió doce y cumplió su vida; esa es la edad crucial de muchos Downs. Desde hacía seis meses permanecía en su camita, cerca de la ventana. De ahí veía venir el otoño, “la lluvia tan fina que no parece que llueve”. Verso de Francisco López Merino, bardo platense “que en pleno día buscó la noche” (se lee al pie de su estatua en El Bosque).

La pequeña vida de Niña Chole fue una lluviecita tenue caída encima de un cantero de tréboles. Antes de volar al universo de los nenes y de los animales fijó la mirada oscura en Pochola: “Ma... ya no tendrás que cargar con este bagayo.” —

Nota: Como psicóloga he tratado a infantes y adolescentes Down durante tres años. Debí dejar esa especialidad por fatiga y devastación psíquica. Durante tres años tuve que hacer el difícil ejercicio de poner la mente en blanco porque estas criaturas leen el pensamiento y contestaban las preguntas antes de oírlas.

Todos los personajes de este relato son ficticios, no así las situaciones.

El caballo y el gaucho: seis relatos

Pablo
Katchadjian

Heracles conoció la locura y las ulceraciones; Lisandro, las úlceras; Áyax, la locura; Belerofonte recorrió los desiertos. Empédocles no es citado como poeta sino como “fisiólogo”. El murciélago en vuelo es interpretado como signifiante de la tentativa del hombre de... Marco Siracusano no era nunca tan buen poeta como cuando estaba fuera de sí. Debajo de nuestras atenciones hay toda una serie de gérmenes desagradables. Si no es por miedo, en todo caso será por pereza. ¿Me parece bien? No me parece nada. Si la belleza no está en ningún lado, entonces no la vamos a encontrar. Y si está, podríamos encontrarla o no; si está y no la encontramos luego de buscarla por mucho tiempo podríamos llegar a pensar que no está en ningún lado. Por lo tanto, lo mejor sería no buscarla y suponer que no está para ver si eso la hace venir. Es una propuesta. Lo mismo vale para el dinero, y lo mismo para el amor. Con la salud sería conveniente aplicar otro método, aunque no uno demasiado diferente. Para todos los que sufren hay una canción; para los que no sufren, otra. También se puede alternar, y también escuchar las dos a la vez. ¿Y vos? Nos dijiste que fuéramos a la casa de Aldo y le preguntáramos por su mujer, pero no



te hicimos caso. Tampoco te hicimos caso en lo relativo a los pagos y deudas con los almacenes locales. Si me preguntás por qué, no tengo mucha explicación para dar: no se trató de que nos parecieran mal tus disposiciones ni tampoco de que no tuviéramos ganas de ejecutarlas; al contrario, todo nos parecía perfecto, como siempre, y nuestro ánimo para el trabajo estaba en un buen momento. Fue solo que no quisimos hacerte caso, digamos que una especie de capricho. Pero no solo no te hicimos caso al omitir las tareas, sino que hicimos casi lo contrario: fuimos a lo de Aldo y le preguntamos por su madre, y fuimos al lugar de trabajo de la mujer de Aldo y le preguntamos por Aldo, lo que provocó un desastre matrimonial. Después, dejamos deudas con los almacenes con los que debíamos saldar las deudas y saldamos las deudas con los que debíamos dejar deudas. Todos los almaceneros se mostraron sorprendidos, porque tus disposiciones en general son previsible, y no podían creernos, los que quedaron con su deuda saldada, que se tratara de una orden tuya: tuvimos que convencerlos para pagarles, porque no querían tomar un dinero que vos no habías dispuesto para ellos. “¿Están seguros de que no hay un error, de que no están leyendo mal?”,

nos decían. “Sí, estamos seguros”, les respondíamos, y les mostrábamos los papeles falsos que habíamos llevado preparados. Al mismo tiempo, nuestros teléfonos no paraban de sonar con los llamados de los almaceneros que esperaban ver su deuda cancelada. “¿Están seguros de que no deberían pagarnos?” “Sí, estamos seguros.” Imagino que vos, al leer esto, debés estar más sorprendido que los almaceneros. Y más sorprendido que Aldo, que se sintió entregado por vos, su Maestro. E incluso más sorprendido que la mujer de Aldo, que no debe entender cómo te cayó en gracia de repente, por qué te preocupaste por ella, vos, que despreciás en general a las mujeres. Nos gustaría poder explicarnos para que nos entiendas, si es que lo que hicimos puede entenderse. Nosotros no podemos entenderlo, pero vos seguro que vas a poder, porque tu comprensión es infinita.



¡Abrazar el cielo nebuloso! ¡Comer frutas todavía verdes! Ese es el espíritu que me anima en este momento. Correr en dirección a la casa de mis ancestros no parece, en cambio, algo posible por ahora. Porque ¿dónde quedó esa casa del tamaño de un avispero? Según me dijeron, hay en

su lugar un instituto del gobierno, incluso una municipalidad. Todo en manos del enemigo. Si el enemigo se rinde, la casa volverá a ser nuestra, pero eso tampoco parece posible por el momento. Así que en esta pequeña torre, rodeado de plantas y ladrillos medievales, puedo soñar con lo que no tengo: un televisor moderno, una computadora con conexión a internet, una enciclopedia. Está bien: no tengo acá nada de eso, pero mis ancestros tampoco lo tenían. Así que, en cierto sentido, ¿puedo quejarme? Y, aunque pudiera, ¿me sacará alguien de este lugar sagrado? Me duermo y me despierto, me despierto un poco más y salgo. En la calle los olores se extinguieron hace rato. También se extinguieron los edificios antiguos. El único que queda está tan lejos que no se lo podría ver ni siquiera desde una torre especialmente diseñada. Vivo en medio de las sombras de mis temores. Me duermo rodeado de anguilas y pasto verduco. Eso me provoca alergia, es cierto, pero ¿qué cosa no provoca alergia? Reacciono ante mis colegas como ante la lluvia próxima. Me alegran y me asustan. No es verdad, es solo una metáfora. La lluvia me alegra. Los edificios me despiertan. Puedo abrazarme con los olores, si quiero, pero sé muy bien que no me conviene. Me conviene, en cambio, abrazarme a la comida. No así a la bebida, que se deshace entre mis dedos. Mis ancestros creían en los árboles y en las piedras. Ellos, los árboles y las piedras, les dictaban sus deseos. Yo creo en las sombras que mis ancestros producen, y esas sombras me dictan mis deseos. Lo que yo produzco, a la vez, espero que sea parte del credo de alguno que ande medio perdido, y también que sirva de guía para los deseos. Si no me llevan de la mano me pierdo; si me sueltan vuelvo a mi torre. ¡Ladrillos del medioevo! ¡Plantas liberadoras de olores perfectos! Entre ustedes, amigos, me divierto conmigo mismo.



Primero el profeta curó a alguien que no sabía que estaba enfermo, y esto en dos casos diferentes: en uno, curó a un

enfermo que desconocía su enfermedad; en otro, curó a un enfermo sin saber que el enfermo estaba enfermo. Es decir, en un caso el enfermo no sabía y en el otro no sabía el profeta, pero en ambos casos hubo curación. Luego, en una tercera variante, curó a alguien que estaba enfermo sin avisarle que lo había curado; es decir, el profeta vio a alguien con una enfermedad incurable caminando por la calle y lo curó sin decir nada, casi de costado, y esto también en dos casos: en uno el enfermo sabía que tenía una enfermedad incurable y en otro el enfermo desconocía su enfermedad. Son milagros importantes, más importantes que los convencionales en los que el profeta curó a personas enfermas avisándoles y envuelto en todo un circo de curación. Es cierto que el circo no lo hizo el profeta sino sus seguidores, y que finalmente los casos mencionados al comienzo fueron intentos del profeta por evitar el circo de sus seguidores. Se preguntaba: ¿cómo curar sin circo? Por eso el último caso mencionado, el del enfermo que no sabía que estaba enfermo y que tampoco supo que fue curado, fue visto por el profeta como su máximo logro, y por eso tampoco le comentó a nadie lo que había hecho. Pero el problema que notó enseguida fue que el circo era de alguna manera necesario, porque, si bien él lo despreciaba, se daba cuenta de que uno de los efectos del circo era propagar la verdad, y no solo eso: uno de los efectos del circo era curar. No porque los casos mencionados al comienzo no hayan sido verdaderas curaciones sino por algo más complejo: el profeta, mientras curaba en medio del circo, tenía la sensibilidad suficiente como para darse cuenta de que una parte de la curación no la hacía él sino el circo y que eso le ahorra energías para seguir curando. Y, en ese caso, ¿podía ser tan malo el circo? ¿Había que descartarlo así nomás por pruritos éticos no del todo justificables? La decisión del profeta fue no pensar más: que el circo hiciera lo que quisiera cuando quisiera, él no se iba a oponer. Otra vez, en otra escena, el profeta habló en contra de la comodidad. Dijo: “Todos quieren estar cómodos, y eso como aspiración está muy bien, pero lo que no

entienden es que para estar cómodos no hay que buscar la comodidad sino seguir un camino que nos va a llevar indefectiblemente hasta ahí, pero solo como efecto secundario. ¿Se entiende?” Nadie respondió, entonces el profeta siguió: “Lo que quiero decir es que la comodidad alcanzada cuando se busca la comodidad va a ser una comodidad falsa, porque se va a armar en base a negaciones, a la ocultación de las incomodidades. A la verdadera comodidad se llega pensando en la incomodidad, ¿se entiende?” “¡En casa tengo una silla muy cómoda!”, gritó alguien desde la muchedumbre, y el profeta intervino justo cuando sus seguidores estaban a punto de lincharlo: “¡Déjelo! Y vos, amigo, traé la silla de tu casa: que alguien lo acompañe y lo ayude.” Esperaron todos dos minutos en silencio hasta que llegó el bromista con la silla. El profeta lo hizo pasar al frente, colocó la silla en el suelo de cara a la muchedumbre y le dijo al dueño de la silla: “¿Cuál es tu nombre?” “Inván”, le respondió él. “Bueno, Inván, te voy a pedir que te sientes en esta silla ahora mismo, delante de todos.” Inván, un poco asustado, se sentó. “¿Estás cómodo?”, le preguntó el profeta. “La verdad que no”, respondió Inván. “¿Y por qué? ¿Algo cambió en la silla?” “No”, respondió Inván, “pero ahora veo que esta silla solo es cómoda cuando estoy en mi casa.” “No es eso”, lo corrigió el profeta, “sino otra cosa: vos solo podés estar cómodo cuando estás en tu casa; ahora parate, por favor”. Inván se paró, miró la silla, la levantó en el aire y miró al profeta con odio. Los seguidores del profeta se acercaron alarmados pero el profeta los detuvo con la mano abierta. “¿Qué vas a hacer, Inván? ¿Me querés lastimar?”, le preguntó el profeta a Inván. “No, pero voy a reventar esta silla”, respondió él, y golpeó varias veces la silla contra el suelo hasta destruirla. Desde ese momento Inván se convirtió en uno de los más fieles seguidores del profeta. Unos días después, en una tercera escena, durante un almuerzo íntimo con sus seguidores, se acercó al profeta el dueño de la posada y le preguntó con insolencia: “¿Por qué no sabemos tu nombre?” “Porque no tengo nombre”, le respondió el

profeta. “¿Y tus padres no te pusieron uno?”, insistió él. “Sí, pero yo era muy chico y ahora por suerte lo olvidé.” “¿Y no te gustaría tener un nombre?” “No, el nombre es lo primero que hay que perder. ¿Vos cómo te llamas?” “Yo me llamo Isusabeti.” “Bueno, Isusabeti, desde este momento no tenés más nombre, y tampoco tu posada: serás *posadero* y tu posada *posada*.” Y así fue.



—Es un viajero que, perdido, encuentra una cabaña cerrada. La cabaña es sucia y huele mal. Toca la puerta pero nadie contesta. Vuelve a tocar y lo mismo. Da una vuelta, espía por las ventanas enrejadas y llega a la conclusión de que en la cabaña no hay nadie. Toma carrera, corre hasta chocar contra la puerta y ante el golpe la puerta se abre tan fácilmente que la inercia lo hace entrar corriendo a la cabaña y tropezarse con algo. Cuando se para, ve que se tropezó con un cuerpo.

—¿Un cuerpo?

—Sí, un cuerpo humano. Lo levanta y lo lleva afuera; busca una pala y hace un pozo. Cuando está por meter el cuerpo en el pozo, el cuerpo empieza a bostezar. Bosteza un minuto seguido, como dando a entender que durmió mucho. Después el cuerpo se para, agarra la pala, tapa el pozo y, sin mirar al viajero, entra a la cabaña y cierra la puerta. El viajero vuelve a golpear. “¿Quién es?”, preguntan desde adentro. “Soy un viajero, necesito comer algo y, si es posible, descansar un poco.” “¿Un viajero?”, dice la voz: “¿Y qué quiere?” “Quiero comer algo y, si es posible, descansar un poco.” “Ajá”, dice la voz. Pasa un minuto; pasan dos minutos. El viajero vuelve a tocar la puerta. No contestan. Espera un rato y vuelve a tocar. No contestan. Da una vuelta a la cabaña y llega a la conclusión de que no hay nadie. “Parece que no hay nadie”, dice, y toma carrera y corre hasta chocarse con la puerta, pero la puerta no se abre. Vuelve a hacer lo mismo y la puerta sigue firme. “Ay, mi hombro”, dice. Pero insiste, choca de nuevo y finalmente la puerta cede. En la cabaña no hay nadie. El viajero abre una heladera y encuentra mucha comida.

De la canilla sale agua perfectamente. Come, bebe y se acuesta en la cama. A la mañana siguiente, dormido, cree escuchar que alguien golpea la puerta, así que escapa por una ventana.

—¿De qué escapa?

—No de sí mismo.

—¿Pero para qué escapa, si ya sabe que no va a poder escapar?

—Escapa porque tiene necesidad de escapar.

—¿Y qué pasaría si dejara de escapar?

—Debería aceptar, ya que en la medida que escapa no acepta.

—¿Aceptar qué?

—El lugar del que escapa.

—¿Y si pudiera no escapar y no aceptar al mismo tiempo?

—Eso sería la gloria.



La vida perdida de Aldo Maguncia se parece a la vida perdida de mucha gente. Yo vi a los mejores de entre nosotros arrastrarse por el barro pidiendo “bolsas”. ¿Qué “bolsas”? Ni ellos lo sabían. Aldo era primo de un amigo, pero también amigo mío, aunque en mi vida lo vi solo cuatro veces. Cada una de esas cuatro veces advertí un punto nuevo de su decadencia. ¿Vale la pena contarlos? No, porque cualquiera puede imaginárselos. Lo que sí vale la pena, me parece, es pensar cuál es el mínimo que hay que contar para lograr que se produzca algo en la cabeza de otro. Porque no es lo mismo decir “un hombre” que decir “un hombre flaco”. El problema es que así planteado el asunto no tiene fin. Siempre una nueva palabra va a agregar un dato nuevo y ese dato se va a integrar en la imaginación. Entonces debe haber un límite, un punto de saturación o algo. “Algo” es un buen ejemplo. Si digo “hay algo” estoy diciendo poco. Aunque, a la vez, es mucho y como frase resulta bastante agradable. “Todo” también. “Hay algo, todo”, es hermoso y perfecto. ¿Por qué arruinarlo? “Hay un hombre, lo vemos” ya formaba parte de la frase anterior. Pero “suaves pétalos se yerguen traviesos y yo los veo” es realmente diferente, aunque peor. Y, sin embargo, “los pétalos mansos se yerguen traviesos y yo me caigo” es mejor

que todas las frases anteriores. Así que este es el método que voy a usar ahora. Aldo Maguncia presintió en determinado momento el rubor de los caireles dorados. Sumió su veleidad afrodisíaca en humores vacuos. Aldo... Aldo... ¿Quién pudo verte arrastrándote por el piso del burdel de la tía Carmen? Los sabores del aire entran por nuestros ojos y salen por nuestros oídos. Lo que entra, en cambio, por los oídos es ruido, el ruido fugaz de los vapores satánicos. Las camas de la casa de la tía Carmen parecían devolver como rumor las noches pasadas allí por sus pupilas. En secreto, las pupilas soñaban también con una vida superadora. Solo una de ellas la alcanzó, y eso fue gracias a vos, Aldo. ¿Pero qué misterio del equilibrio fue el que definió el gráfico de las curvas de tu vida y de la de ella? Mientras ella subía, vos bajabas; cuando ella estaba muy abajo, vos estabas muy arriba: lo primero fue la etapa final; lo segundo, el comienzo. Recuerdo cuando la conociste. Ella era una pupila más, llena de fantasías y rencores, mientras que vos brillabas en cada lugar al que entrabas. “Ahí viene el gran Aldo”, decían todos con admiración, e intentaban tocarte, o al menos hablarte. ¿Sería que presentían que vos solamente buscabas con quién intercambiar destinos? ¿Sería que sabían que solo buscabas a otro ser humano para darle el futuro más alto, el tuyo, y a la vez encaminarte en un descenso que cualquiera definiría como infernal? Quizá sí, pero quizá no. Lo único que sabemos es el resultado. En tu funeral, Aldo, todos lloraban. ¿Y ella? Ella estaba presente, pero tan lejos, tan alto, que no podía ni siquiera conectarse con lo que la rodeaba. La rodeaban la muerte y la tristeza, y ella en cambio seguía su camino ascendente, que todavía hoy parece no tener fin. ¿Por qué la elegiste, Aldo, por qué a ella, que era una más? Un amigo común ensayó una respuesta posible: vos intuiste en ella el destino más bajo de todos, que finalmente era lo único que te interesaba para ejecutar tu sacrificio: dar y recibir, pero dar mucho y recibir mucho. Dar el destino más alto y recibir el destino más bajo. Nunca vamos a olvidar lo que dijiste al verla por primera vez: “Los pétalos mansos se

yerguen traviesos y yo me caigo.” No lo entendimos en ese momento, quisimos ver una frase llena de misterio como todas las frases a las que nos tenías acostumbrados. Y ahora vemos esa frase inscrita en el mármol de tu lujosa lápida. ¿Quién la mandó a inscribir? Ella. ¿Quién pagó la lápida? Nosotros, tus amigos.



Lentamente los minutos se alejan flotando, y no espero volver a verlos. Quizá nos sentimos tristes porque nuestro pasado se va, pero todo lo mejor está por venir. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. Tal vez en algún momento herimos a alguien sin querer: el calendario va a pasar esa página por nosotros. Y apurémonos a buscar nuevas aventuras, digámosle al maquinista que acelere el tren. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. Nuestro tren azul avanza y se balancea: es un tren expreso y realmente está acelerando. ¿Por qué debería terminarse este día? Me gustaría que durara un año entero. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. Si los lugares por los que avanza a veces nos inquietan, no deberíamos preocuparnos. El futuro no está tan lejos, pero por suerte no demasiado cerca. No queremos que esto se termine, y si tenemos empeño no va a terminarse nunca. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. Cuando miro a mis acompañantes a veces desconfío. ¿Qué los trae junto a mí? ¿Qué esperan de este viaje? Pero estas preocupaciones son rápidamente disueltas por el sol o por la luna, que desde la ventana nos iluminan alternativamente las caras. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos

deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. Si no avanzara estaría descansando; si no fuera un descanso estaríamos en problemas. Pero, finalmente, ¿qué diferencia hay entre el descanso y el problema? Todo es parte de la vida, y todo lo que ella nos da es para que entendamos mejor nuestro destino. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. Algunos de los colores que vemos al pasar son estimulantes, pero otros parecen hechos para sacarnos las energías. ¿Qué es la energía, y dónde está? ¿Quién se va a animar a negarnos aquello por lo que luchamos? Nada llega sin esfuerzo, y el esfuerzo es el barniz que protege los tesoros entregados. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro

tren azul avanza. Algunas veces creemos estar enamorados, pero esto solo ocurre cuando no sabemos qué es el amor. Si de repente nos hiciéramos la pregunta, deberíamos tratar de olvidarla. No hay que pensar demasiado en lo que nos alegra: las ideas solo sirven para poner el tren en marcha cuando se detiene. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. No es tan cuidadoso el que nos habla con melindres; tampoco es hostil el que nos grita y nos exige. Todos están dispuestos a ayudarnos si somos capaces de entregar cariño: beberán cuando les llenemos la copa, fumarán cuando prendamos la pipa. Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. Si alguno de ustedes piensa que

me equivoco, probablemente tenga razón. Prefiero equivocarme a andar temblando, y además las equivocaciones no existen en el cielo. Miramos cómo el sol se oculta tras la nube. ¿O es la nube la que oculta al sol de nosotros? ¿O nos esconde a nosotros de él? Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza. Hay una flor en un florero de vidrio; si quiero ver el tallo no tengo más que mirar. Si el agua está muy turbia tendría que cambiarla, pero eso ¿es un problema? No, es una acción. No dejemos que un demonio travieso nos mueva los brazos, y si el demonio ya nos tiene, cortemos los hilos con firmeza y cantémosle al demonio: “Suavemente, suavemente, el largo camino se abre frente a nosotros y cruza el horizonte. Todos deberían creer y desear lo mejor, y nuestro tren azul avanza.” —

La virgen y el cordero

Fernanda
García Lao



Hay una pasajera interesante, pero está ocupada. Un señor con pinta de imbécil la hace girar en la pista. Son los últimos. El resto ya se durmió hace rato. El mar plancha a las personas decentes. Arturo la mira con saña, cada sector de su cuerpo merece una lamida. Los hombros son blancos o transparentes, casi adivina sus huesos, el modo en que los músculos se ensanchan, elásticos. El pelo corto le deja la nuca al descubierto. Un deseo ambiguo la domina. Ella parece un efebo, también como hombre sería deliciosa. Arturo no puede soportar que esté con otro. El imbécil es viejo y pelirrojo, parece un payaso. Transpira sus movimientos con

olor rancio. Así huelen los muertos para Arturo, que no aguanta y los deja solos. Que un estertor se los lleve. Mejor salir a la noche.

El océano fluctúa mientras el cielo se queda tieso. Arturo se acomoda en la reposera. El saco de piel apenas le cubre las rodillas. Hace años que se fue y ahora volverá resfriado. El viento

le atraviesa la nariz como un pasillo que se construye rápido. Después se pierde en el pulmón y lo enfría. Los pelos del cuello, helados.

Arturo está vacío, el mar se sacude bajo sus nalgas. El barco avanza emitiendo sonidos de fiera mecánica. La música del salón es una flor en el suelo. Arturo la pisotea. Intenta

fumar, el cigarrillo se muere rápido entre sus dedos.

Entonces, recuerda a su padre. El señor Wynns. Seguro que no va a recibirlo al puerto. Habrá mandado a alguien. Mejor, será más fácil decirle no. Que se queda en Buenos Aires, que a Gaiman no vuelve. Su padre ya no quiere mantenerlo. Tu anarquía me sale cara, le dijo en su última misiva. Arturo no respondió. Wynns le mandó un pasaje de vuelta y una invitación a su boda. Me caso a fines de septiembre. Otra vez.

Jaime Wynns ya enterró a dos esposas. La primera fue Rachel, la madre de sus tres hijos varones. Arturo es el del medio. El traidor a las buenas costumbres. Ella murió tras parir al último. La segunda mujer le dio dos hijas. Era una gordita del valle con pretensiones místicas y problemas gástricos, que decidió atragantarse con torta galeña una tarde de invierno. Jaime solía montar la a la hora del té y después se perdía con excusas ovinas. Pero pasaron los meses y él dejó de merendarla. Ella no pudo soportarlo. Wynns no la lloró, era un tipo sensato.

Arturo quedó privado de los envíos de su padre y tuvo que mendigar en

casa de otros poetas con más suerte. El hambre lo arrastró por la ciudad, cada vez más villana y fría. Europa en invierno es insoportable. Las metáforas se congelan. Debió aceptar el pasaje y regresar. Pero no en primera. El viejo da lecciones de ese tipo. Quiere endurecerle el cuero con alusiones indirectas.

Arturo se mira las uñas y piensa en la claridad del cuerpo de la pasajera. Parece encendida desde adentro. Tiene lo que llaman brillo propio. Piensa en clavarla, en hacerle surcos rojos en el escote. Marcarla como a una oveja.

La pasajera aparece sin aviso, en la cubierta. Está colorada por la agitación o por el trabajo de soportar al imbécil. Se pone con torpeza un abrigo y putea. Cree que está sola. Arturo sonríe, conmovido por la suerte.

¡Enrica, no es para tanto!

La voz del acompañante grita desde la puerta, no se anima del todo a salir, compite con el furor de las olas. Ella le hace un gesto de desprecio y la voz se oculta.

Arturo permanece en silencio. No tiene ánimo de intervenir. Enrica se acoda en la baranda y vomita. Se limpia con la manga del abrigo, asqueada. Los motores los acercan a destino y ellos no son capaces de mirarse. Arturo tose para llamar la atención, pero el viento se come el carraspeo.

A veces un cuerpo acorrala a otro, la atracción no se resiste. Ella es un animal, él una escopeta. Abandona la reposera para abordarla, decidido.

Tenga cuidado.

La voz de Arturo tan cerca la hace girar. Sus ojos se cruzan un instante. A ella le hace gracia. El pelo de él parece desmenuzado por el clima.

No es conveniente mirar el mar de noche, podría ser hipnótico.

Arturo siempre tiene ese tipo de frases en la lengua.

Me gusta cómo la palabra noche se le desarma en la boca.

¿Perdón?

Diga noche, de nuevo.

Mejor dígame cómo se llama.

Enrica Morgan.

Su marido la estaba buscando.

Es mi tío.

Ah.

Diga noche.

No.

Entonces, váyase.

Arturo no se mueve, está desconcertado. La presa ha resultado demasiado pantera. Enrica podría devorarlo, nadie se daría cuenta.

¿Es sordo?

No se burle. Tengo algo para usted.

Arturo enjuaga su garganta con una petaca y recita.

Mis besos son dagas / voy a lastimarte / mi ojo cojo te rebana / res vacía que me toca / concha abierta / un dedo mío te palpa.

Qué es eso.

Una balada.

No se ponga en evidencia. De dónde lo sacó.

Acabo de inventarlo.

Enrica se ríe. Tiene un diente de oro. La paleta de la izquierda. Arturo se arriesga y la toma de la barbilla. Ella lo imita. Se quedan así un momento, midiendo el riesgo. Ella se relame el diente luminoso. Arturo se moja un dedo y con baba le pinta los labios. Ella lo mordisquea con leveidad caprichosa. Él la toma del cuello y la estampa contra su boca abierta. Así, intercambian las lenguas como anguilas recién pescadas. Se llenan de sabor a océano. Se roen con furia. Ella le mete una mano por la camisa. Aprieta su pezón derecho. Arturo imagina el diente de oro rasgando su tetilla. Son uno para el otro. El viento despeina, desequilibra. Pero no es el viento sino un brazo decidido el que interviene. El tío le pega un empujón a Arturo y lo envía contra la baranda.

¡Enrica, qué estás haciendo! Criatura del demonio, ubíquese en contexto. ¡Y usted, señor, respete lo ajeno!

Arturo no contesta, en cambio busca a Enrica con los ojos llenos de fiebre.

Mi camarote es el 129. Lo espero.

Él se pierde por el pasillo de babor con una obsesión física entre las piernas. Necesita embutir a Enrica o suicidarse. Prefiere pensar en ella. El oleaje invisible estalla contra su pecho. Quiere encerrarse y esperar, sabe que no podrá visitarla hasta más tarde. Se agita como si fuera a

lastimarse, arrancar ese rabo que crece, se hace palo mayor y luego, infierno. Se traga el semen con las manos.

alambre gris / cópula divina /
mi pija es tuya / como mi dicha.

Una lluvia inesperada se ensaña contra la nave. El balanceo es abusivo. Son las cuatro de la mañana. Arturo abandona el camarote y se aventura por el estómago del barco. Hay niños llorando, mujeres en pleno rezo, hombres borrachos. 129. Olisquea las puertas en busca de su oveja. Llega hasta el extremo último. Una puerta mal cerrada llama su atención. Se agita como abofeteando el marco. Dos cuerpos en batalla han desarmado la cama. Casi no hay luz. Enrica y su tío se muerden como salvajes, están desnudos. Arturo se clava frente a la puerta, ella no lo ve. En cuatro patas, parece otra. El que la atraviesa es un mamífero fuera de sí. La nalguea, parece un arriero. Pero entonces sus ojos se cruzan, el tío le guiña un ojo. Arturo se siente enfermo. Corre hasta el primer baño, se encierra. De tan erecto, duele. Se moja el cuello, la boca. Se abre el pantalón. Cuando termina, la lluvia lo imita.

A varios días de distancia, en Gaiman ya es de día. Hace tiempo que Arturo ha sepultado el pueblo en su memoria. Tampoco quiere ver al padre haciendo el ridículo de nuevo, vestido de gala, casi ciego.

Las mujeres cosen flores de tela a una guirnalda, los hombres sacrifican corderos. Jaime Wynns controla desde muy cerca cada avance. Hace dos años que no tiene mujer y no puede ver solo. Apenas unos colores secos, como muertos sobre las cosas. Laven bien los cráneos, más púrpura en las flores. Las indicaciones contrastan con la palidez devota de los empleados.

El señor Wynns es hijo de un galés que llegó en el *Mimosa* gravemente enfermo. Cuando Jaime recibía su primera nalgada de recién nacido, el padre agonizaba en un catre. Después del entierro, la madre quedó sin leche, de pena. No había colono capaz de ordeñar una vaca, eran criaturas feroces. Y las mujeres estaban

enfermas. Fue leche de india lo que salvó a Jaime Wynns de la muerte. Después de amamantarlo por diez noches, le enseñó a la madre a ordeñar una oveja. Hoy, el señor Wynns tiene ochocientas cabezas. También chacras, segadoras de corte y de atado, tres molinos y un Mercedes. Pero no ve sus propiedades, son bultos sin sentido. Solo puede tocar. Nadie es capaz de tocar ochocientas reses en una tarde. Jaime necesita el cuerpo de una mujer. Pasear sus dedos, palpar desde los pies hasta los ángulos menos claros. La negrura lo convoca. La noche es un terreno maldito.

Arturo se despierta en el centro de una pesadilla. Ha visto desnuda a Enrica, blanca y húmeda, bañada en leche tibia. Algo en esa piel incita y condensa maldad, huele a fermento.

Se viste dispuesto a olvidar el incidente nocturno. No va a dirigirle la palabra a ella ni al supuesto tío. Faltan dieciocho días de navegación, pero él tiene sus versos.

doble golpe y replegarse / lo siniestro no tiene velocidad / niebla frígida entre nosotros / mientras tanto, el hueco.

El cielo no tiene color, está velado por una bruma pastosa que despierta el apetito aunque sea temprano. Arturo entra al salón de desayunos con un libro y un lápiz. Enrica está sentada junto a una estufa y lo saluda con un gesto indolente. Se ha puesto anteojos de sol y está vestida de blanco, como si fuera pura. Arturo levanta una ceja a modo de hola y se sienta en el otro extremo. Enseguida pide un café. Se concentra en la lectura y la ignora, subrayando pasajes al azar.

Anoche no vino –Enrica se detiene en la mesa de él como si fueran amigos. Sus pezones indican lo contrario, se adivinan salvajes y agrios. No usa corpiño.

No pude. Tengo mucho que leer –Arturo muestra su ejemplar de Apollinaire.

¿Me cambió por un libro?

Soy poeta. Me atraen más las palabras que las mujeres.

Ah, es homosexual.

¡Qué ignorante!

No grite.

No me provoque.

Sus juegos me aburren.

Usted es la que juega.

A qué.

No sé. Pero no estoy interesado.

No mienta. Le palpita el ojo desde que me vio.

Es un tic viejo.

Cuántos años tiene.

¿Y su tío? Es muy afectuoso, ¿no?

Señor, su café. ¿Quiere tostadas o huevos?

Tráigale huevos.

Tostadas, por favor.

Enrica se dirige a su mesa. Prende un cigarrillo de espaldas a Arturo, que decide no desayunar y abandonar el salón.

Señor, cuál es su camarote –la camarera grita desde la puerta de la cocina.

303 –la voz de Arturo es casi inaudible.

¿Trescientos qué?

Arturo sale sin responder.

Tres –Enrica dicta desde su mesa.

Gracias.

De nada.

En Gaiman, el señor Wynns está inquieto por la llegada de Arturo. Sus hijos varones son responsables, solo falta encauzar a este. Las mujeres se casaron hace tiempo y dejaron de ser un problema. Solo son aburridas. La invitación al casamiento es el principio, lo que en realidad quiere Wynns es que Arturo se ocupe de una chacra, que sea útil en algo. Ya está grande para el ocio poético. Su carácter no coincide con el paisaje. Cero sacrificio, nada de expiación. Los pasatiempos literarios nunca rindieron. Arturo no fue capaz de ganar ningún premio Eisteddfod, ni en inglés ni en castellano. Sus poemas habrían espantado a los organizadores por el vocabulario. Vergas y estimulación filoerótica tampoco son temas que garanticen el triunfo, el sillón bárdico. En cuanto a los ejercicios espirituales, también se evadía de la escuela dominical y no demostró interés por congregación alguna.

Arturo está estancado. No ha podido escribir ni una línea. Su cabeza se dedica a reconstruir la fornicación incestuosa de la pasajera. Para

suprimir las imágenes, aprovecha las sesiones de cine en el salón de entretenimientos. La cartelera no es muy variada pero él necesita sumergirse en otros mundos para ordenarse. Todas las películas refieren a la navegación. Hay marineros sudorosos, seres primitivos, soberanas en paños menores. Pero también historias menos previsible, donde el mar no juega un papel central, pero sí perturbador. Durante la proyección de *Rebecca*, se descompone. Anoche soñó que había vuelto a Manderley. La frase de Joan Fontaine le hace pensar en Gaiman. En su padre y el nuevo casamiento. A punto de abandonar la silla, una mano helada se posa en su hombro desde atrás. Enrica lo mira con los ojos húmedos. No pueden moverse. Aguantan así, casi hasta el final. Es ella quien sale primero. Arturo la sigue. Caminan hasta el camarote de él, parecen sonámbulos. Se encierran. Enrica se desnuda despacio, él la abraza, ella se aparta y le abre el pantalón. Besuquea la pelambre de Arturo, devora su pubis. Él se olvida de sí, burbujea. Intenta penetrarla pero ella dice no. Solo por atrás. La virginidad es una inversión, mi garantía de futuro. La única que tengo.

Pasan dos días encerrados en el 303, hasta que el tío la encuentra. Arturo, vencido en la cama, siente un cuchicheo. Al despertar, está solo. Tiene hambre.

Doce corderos son arrancados de sus pieles y puestos en sal. Los álamos se agitan. Wynns se arrodilla y le ruega al Señor por su ganado y la cosecha. Después, extrae de un bolsillo del chaleco la foto de su prometida. Ella sonrío con lascivia, dejando a la vista su diente dorado. Jaime no la ve, la supone distinta. Enrica Morgan, tu nombre promete. Serás la última. La muerte está cerca, gira como el molino. Pero al trigo lo pulveriza el viento.

Cerca de Brasil, Arturo sabe que su cuerpo ya no es suyo. Ella lo agita, lo babosea, parece su prolongación. Aunque no la tenga todas las noches. Enrica establece los encuentros, fija condiciones. Cuando está solo, Arturo la evoca: sus posturas, la risa ácida. En lugar de escribir, la dibuja.

Su mano es un ojo. El lápiz entra en todos los orificios de ella. La perfila desde adentro.

La llegada al puerto es fea. Buenos Aires parece una película mal conservada. Llena de grises. Los bultos, el griterío compiten con la tristeza de Arturo. Ayer la pasó solo. Enrica estaba nerviosa, eso dijo. Debía prepararse. No la vio en el desayuno, ni después. El tío sí lo buscó, le hizo un gesto con el brazo y le entregó una carta. No la abra hasta que esté en tierra.

Es al hacer la fila para bajar, entre la multitud, cuando la distingue subiendo a un Mercedes. Ni siquiera lo mira. Un gordito nervioso se choca con Arturo y su valija cae al suelo. Los dibujos vuelan por la borda. Enrica desnuda, de cerca y de lejos, su boca, las tetas blandas son levantadas por el viento y diseminadas entre los pasajeros. Hay risas y silbidos. Arturo la busca. El auto ya no está.

En Gaiman, el señor Wynns se ha puesto un traje nuevo. Algunas flores púrpuras en el ojal. Dos cabezas de cordero esperan a los novios. Fueron lavadas con prolijidad, separada la carne del hueso, filtrada la sangre.

Los cráneos limpios resplandecen con el sol cálido del valle. El ritual es un invento de Wynns para santificar su matrimonio. Los corderos se unen hasta el final, en sacrificio. La pareja irá hacia el altar con la muerte como sombrero.

Un grupo de niñas violinistas afina sus instrumentos. El Mercedes por fin levanta el polvo del camino. Enrica es conducida hacia la iglesia. En la sacristía, una hija de Jaime le acerca el vestido. Es el que usó Rachel, la primera esposa. La segunda no entraba en un talle tan chico y tuvo el propio. Pero no duró. El señor Wynns está viejo y no quiere arriesgarse. La hija le pide a Enrica que se recueste. Debe comprobar la existencia del himen. Ella está cansada por el viaje, pero quiere sacarse el trámite de encima.

Una vez verificada su vagina, se cambia. El raso está gastado por el tiempo, sobre todo en los bordes, pero aún brilla en el centro. Todavía no vio a su futuro esposo.

Afuera hay una cripta, al borde de la capilla donde empieza el cementerio. Es la sepultura de sus mujeres anteriores. Ahí la espera Jaime, con

el cráneo ovino cubriéndole la cabeza. Un empleado le coloca a Enrica el suyo. Ella frunce la boca con repugnancia. ¿No será un poco siniestro? El tío la calla con sutileza. Son ritos patagónicos, es decir, brutales. Aguantemos.

Las niñas tocan una melodía confusa, ligeramente destemplada. Enrica tiene ganas de burlarse, de irse corriendo. Pero se queda. El viejo no va a durarle mucho.

En Buenos Aires, Arturo ha leído la carta: Me caso con un tal Wynns. Te espero en Gaiman. Dame tres meses.

Imagina la ceremonia. Y después a Enrica sentada a una larga mesa, devorando. Junto a ella, el ciego. Arturo se siente el plato principal. Los dedos de ella arrancan pedazos de su rabo asado, que, de tan tierno, se desarma. La supone llevando esa carne a la boca, masticando con indiferencia. Su padre toca los hombros de Enrica, seducido, mientras los invitados eructan con aliento a Arturo.

Pero él no va a regresar nunca. Está de pie, mirando el río desde el borde. Las aguas parecen un cuajo de leche turbia. —



Las constelaciones oscuras

Pola Oloixarac

El último día de 18... un grupo de exploradores alcanzó el mar que rodea al cráter de Famara, la masa volcánica que se eleva en el archipiélago de Juba. Como una fortaleza sobre el agua, la línea aérea del cráter ensombrecía la bahía en majestad. Los viajeros atracaron en una playa de arena negra marcada por colas de lagartos, y emprendieron el ascenso por un camino de musgos a través de riscos que se perdían en formaciones sinuosas de magma oscuro. Amarrada en la bahía, la embarcación parecía un viejo dinosaurio desprendiéndose de sus partes interiores, secundado por parásitos, que bajaban a tierra las jaulas, los instrumentos de bronce, las trampas de madera y las sogas entre los peñascos. Se internaron en la mata, húmeda y fría bajo los árboles entrelazados en lo alto; de vez en cuando el cielo se abría en un resplandor blanco.

Caminaron durante horas hacia los valles interiores de la isla, en una expansión libre de rastros humanos. A pesar de estar sumergida en los vapores arenosos del Sahara, que llegaban en brumas densas según el viento, la isla era un hervidero de *Crissia pallida*, flores verdes de aspecto arácnido y núcleos de polen dorado, cuyas extraordinarias propiedades permanecerían desconocidas hasta principios del siglo XXI. La historia de estos visitantes es conocida en el sistema de creencias de la secta guanche de Mahan. Que, al caer la noche, los extranjeros se adentraron en los valles profundos de la isla, guiados por estrellas muy tenues, confundiendo la bóveda oscura del cielo con una cueva recubierta de insectos (luego jurarían que era el rostro invertido del Auriga, borroso a través de la calima). Que, por este error, Zacharias Lloyd, el capitán de la expedición, dictaminó no descansar hasta tocar suelo mineral, efectivamente muerto, porque lo horrorizó que ninguno, ni él mismo, distinguiera algo anormal en el clamor que hacían esos demonios a lo largo de la cueva, que solo se presentaron bajo su verdadera naturaleza una vez que la forma en garganta del terreno los dejó frente a una laguna interior.

En este punto Niklas Bruun, el más joven de la expedición, se arrojó a dibujar lo que veía.

El traficante de insectos Diotimus Redbach, de pie, sosteniendo un lepidóptero del tamaño de su mano (*Noctilia pubescens*), y el perfil en sombras de Marius Ballatinus, cazador de orquídeas. Dos hombres agachados sobre el agua, de espaldas al dibujante, que debían ser Pavel Ulrich, zoólogo de fama tenebrosa, y el capitán Lloyd, trazando en el aire las dimensiones de la caverna. Reportan “criaturas luminosas deslizándose al ras del agua” —si bien Niklas Bruun, en particular, abre un espacio de duda por tener “mis ojos excitados por el roce de la oscuridad”—. En el dibujo Pavel roza el agua con los dedos, la mirada perdida en el fondo de la gruta. En el ángulo más oscuro se distingue a quien es sin duda Torben Schats (por entonces en el pináculo de su reputación como cartógrafo de islas desaparecidas), palpando las paredes de roca en quieta veneración; la cueva se ahueca sobre él en estalactitas que encierran la escena como un óvalo.

Al llegar al punto más alto del cráter, todavía sin dormir, los exploradores describen monumentos

perturbadores. Los comparan con esfinges desfiguradas (*Sphinx variegata*), aunque, admiten, no se parecen a nada que hubieran visto antes. Seguir el inicio de lo que parecen formas humanas es solo la introducción en una repetición atroz; en uno, hay ocho pies humanos asociados a una cabeza que parece descansar con los ojos cerrados. Niklas Bruun los dibuja recubiertos de algas secas, con el sombreado azul y gris que reserva a las apariciones lúgubres, como si pertenecieran al fondo del mar.

En esa parte del camino pudieron hacerse una idea del laberinto de cuevas bajo la isla, el sistema de grutas subterráneas que serpentea bajo el cráter: cómo el mar entra en lenguas debajo de la tierra, llevado por conductos veloces en cavernas subterráneas de decenas de kilómetros que debieron formarse como grandes burbujas de aire y gas cuando la lava bajaba en un manto de humo y caos desde lo alto del cielo hasta hundirse en el mar. Según la historia de la secta de Mahan, los hombres de la expedición (a los que debe sumarse Suri-Man, Betú y Sasha, los esclavos) llegaron a la aldea escondida de Mahan por un valle de roca escaldada, pero a medida que deambulaban



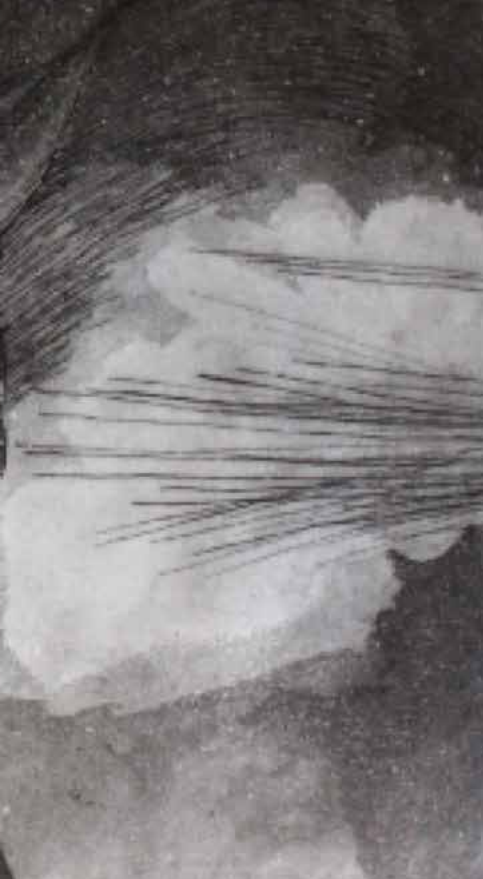


Ilustración: Diana Drake, grabados sobre papel, 2013

por las construcciones desiertas el cansancio les ganó, y se echaron a dormir como una gran bestia hecha de humanos, roncando unos encima de otros; en el cielo, los pájaros volaban en círculo.

Los despiertan los murmullos. Es hora de pactar con los nativos, entrar en contacto. Tranquilas y risueñas, las gentes del lugar (“torso descubierto, *pudendae* cubiertas por tamarcos de oveja”) los conducen por el laberinto de grutas a una amplia caverna de forma circular, donde las estalagmitas más alejadas les parecen grupos de criaturas expectantes, suavemente doradas por una luz especial. En lo alto, la roca se abre al cielo en agujero.

De día, el sol es tan fuerte que podría enceguecerlos, por lo que los viajeros se concentran en capturar la flora interna de la caverna, líquenes esmerilados y anémonas azules, que son el hogar de algunas tortugas albinas, crustáceos y cangrejos de carne transparente, y la recolección de especímenes en la superficie se posterga al día siguiente. Por la noche empiezan los cánticos, las danzas y los tamboriles; Bruun y Ballatinus ven pasar a un grupo de nativos que deambulan y conversan con los ojos en blanco. Los nativos

entran en coloquios con sus dioses, y los exploradores ven aparecer, detrás de las estalagmitas, varias docenas de aldeanas que no habían visto antes. Mientras, Venus avanza ardiente recorriéndose contra la esfera del Sol, proyectando un halo de sombra feroz sobre la Tierra; durante el fenómeno, que ocurre solo dos veces en un siglo, y al que se suele responsabilizar más tarde por maravillas y catástrofes, la fuerza gravitatoria de Venus enloquece animales y mareas uniendo las fuerzas silenciosas y brutales de la Tierra y el Sol; pero desde la isla apenas puede distinguirse la bruma opaca que llega del Sahara y se extiende como un manto de aire irrespirable sobre las islas. Entonces los visitantes empiezan a mezclarse con las nativas, ingresando en un torrente de sangre y semen en la historia genética de la isla.

Los comentaristas calculan la existencia de niñas en unas veintitrés pero también de ejemplares adultos de piel-coraza, en una isla donde los árboles pueden vivir varios miles de años (*Dracaena draco*, dragones vegetales cuyos esqueletos secos se ramifican en crestas cartilaginosas y llevan por dentro una linfa oscura, famosa por sus propiedades regenerativas). En lo que no dudan en asimilar a un ritual de fertilidad asombroso, en el momento en que comienzan las orgías los miembros de la expedición pierden la precisión habitual. En un estilo tímido pero denotativo, marcado por fases de incomodidad, el joven Niklas Bruun describe los avances de mujeres solas o “en grupos de dos y tres”, lanzándose con tranquila ferocidad sobre los géiseres genitales, enroscadas sobre la punta de los órganos.

La penumbra de los documentos permite seguir, sin embargo, algunos datos concurrentes. Cada una recibe varias veces a cada órgano extranjero, en un promedio de tres mililitros de fluidos seminales; después del contacto los hombres caen en un embotamiento profundo, del que solo salen con la llegada de otra mujer. Hipnotizados, los hombres describen ópalos de madreperla en la oscuridad, anélidos que ven caer desde lo alto y parecen girar en luminiscencias. En las ilustraciones de Bruun, “las damas

de la isla” aparecen desplegadas como arañas sobre los viajeros; acota Bruun que “conceden períodos refractarios mínimos”, hasta que después del semen sale agua y luego hilos finos de sangre acompañados de dolor y urea. Incapaces de oponer resistencia, los hombres se dejan engullir en la oscuridad de las grutas durante días.

En otro ciclo de documentos, Niklas Bruun ve la isla de Juba ascender en una columna de fuego desde el fondo del mar, un volcán que sube desde las profundidades en un remolino de poderío y velocidad: el mar se eleva hasta mezclarse con el cielo y la marea descubre una escollera de corales circulares, algas y peces atrapados que se resecan rápidamente, formando esqueletos que la calima, en su avance implacable sobre la nueva superficie, no tarda en devorar. La visión de la lava líquida fundiéndose en vapores marinos se plasma en una serie de dibujos excepcionales, lava que avanza en un río lento y ardiente, comiéndose la tierra en una noche de perfumes sulfúricos. Bruun describe una comida ritual de mariposas blancas (*Lycaenidae poppa*): de cuerpo blando y ligero sabor a leche de coco, se las decapita en gesto breve contra el paladar para luego succionar el interior hasta vaciarlo; agrega una elegía enana sobre su valor proteico, y que son su alimento durante el tiempo que permanecen en la isla.

El *Daily Telegraph*, primer difusor de estos informes, disemina versiones encontradas. Presentada al público, en principio, como una variación elegante de la perversión en altamar, DT publica testimonios de nativos contactados por un guanche misterioso domiciliado en Londres, con un olfato impecable para la controversia. Las versiones guanches son tan enfáticas como contradictorias:

1. Que los guanches jamás habitaron esa parte de la isla, reservada a las criaturas demoníacas del volcán.
2. Que en una cultura tan celosa de sus mujeres (está prohibido dirigirse a una mujer que está sola en el monte, a menos que lo haga ella primero) la historia de los exploradores

es en verdad jactancia guanche de las habilidades mágicas de la tribu, porque las mariposas blancas que habitan las grutas son en verdad una golosina muy preciada por los guanches y los guanches, que ya habían resistido a los españoles y franceses (aunque esta vez los invasores viajaban agrupados bajo otra bandera, la de la ciencia), habrían administrado pócimas prácticamente letales para asegurarse la libertad.

3. Que, por otra parte, de la isla nunca salió ni un solo ejemplar recolectado vivo y que tampoco se explica qué estuvieron haciendo ahí.

4. Que las “damas de la isla” no existieron nunca.

5. Que las damas de la isla guardaron el semen extranjero en sus reservorios corporales para luego descargarlo a hurtadillas en un cuenco, y que la aldea vivió durante meses de la cocción de esos jugos humanos venidos de ultramar, y que la aventura coincidió con el auge reproductivo de los insectos.

De los hombres que se adentraron al interior del cráter y pulularon con ahínco entre los agujeros ofrecidos por las nativas —ya sea horadados por mérito de la fuerza o llevados por una fascinación tan persistente que parecía mutua—, el joven naturalista Niklas Bruun alcanzaría la inmortalidad con más premura que el resto. Sus recuerdos de lo que pasó en ultramar durante el fenómeno conocido como el Tránsito de Venus circularon como una brisa irresistible entre la prensa sensacionalista de la época; para cuando sus andanzas en la expedición de Famara cundieron entre los círculos botánicos más eruditos, el joven Niklas Bruun ya era toda una celebridad.

Los dibujos de Niklas son publicados en pleno escándalo, con gran éxito; como anota Vernetius Lodi, un botánico rival devenido biógrafo involuntario, “las páginas de sociedad hicieron poco para refrenarse ante el festín de contar con pruebas candidas de lo más granado de la aristocracia científica envuelta en un extraño *affaire coital*”. A pesar del destrozo de sus reputaciones, el asunto no dejaba de adquirir,

lentamente, como los bronceos que esperan la temperatura adecuada para templarse, la distinción de los héroes. Pero hasta la gran exposición de plantas exóticas de la Royal Horticultural Society, nadie lo ha visto nunca. Niklas, de diecisiete años, sonríe ausente en una fotografía; a pocos metros, algunas señoras ataviadas con tocados de escorpiones disecados lo observan.

Tenía el tipo europeo tenebroso, oscuramente romántico, que no pasa inadvertido en la zona femenina. De hecho, el terciopelo apenas lograba encubrir la verdadera vestimenta de Niklas a los ojos femeniles: lo veían rodeado de serpientes gigantes colgando de árboles huesudos, fauces abiertas, acechado por jaguares y cohortes de seres primitivos a punto de destrozarlo, envuelto en un aura selvática que la elegancia de los salones de hierro y cristal donde transcurrían los encuentros sociales no alcanzaban a disipar. El día de la feria se lo describe con su última captura en el ojal, una *Psychopsis papilio*, el amuleto que lo aliaba a una casta dulcemente aterradora. En cuanto a él, y lo que fuera que lo rodeaba como rémoras latentes de otro mundo extraño y misterioso, *nadie podía negar* que el jovencito había sido iniciado sexualmente en el cráter de Famara: esa iniciación sería el emblema de su distinción.

Todo auguraba el nacimiento de un monstruo dorado en el competitivo mundo de la botánica, que se proyectaría hacia las alturas legendarias que la disciplina desde hacía tiempo destinaba para sí; Niklas no tenía reparos en admitir que cualquier otra ocupación era simplemente imposible para él. Conocía una parte de la vida privada de los insectos que podía perfectamente conectar con la suya propia. Mientras, el secreto de *Crissia pallida* se mantenía oculto, aterido en su potencia de destronar para siempre los derivados del opio de los sueños ilegales de los hombres. —

Primer capítulo de Las constelaciones oscuras, de próxima aparición en Seix Barral.

Notas para una novela

Ariana
Harwicz

Agarro el auto de noche como uno manotea una navaja del cajón. Como uno saca la pija del pantalón en un camino de tierra. Paso la velocidad sin luces, la suerte me depara ir derecho contra el aire seco, sin caserones, sin troncos, sin barrancos. Mi salvación sería detenerme y dar la vuelta. ¿Iré por la línea blanca? ¿En zigzag? ¿O aplastando los maíces verdes? Me doy vida acelerando, abro la ventanilla, escupo y el viento se carga mi saliva. Debe haber una rotonda, huele a bosta, a cuero de caballo, a ojos nocturnos. Mi salvación sería volar y dormir toda la noche volcado en la banquina. Pero no.

Por qué yo no estoy muerto como millones de otros. No hay nada acá y el corazón no descansa. Soy un cuerpo que camina lento. Veo partir la lava sobre los grumos de nieve. Dejo la sala de emergencias fracturado pero con anestesia, me siento sobre un banco de piedra en el parking, un auto se mueve, una ambulancia pasa. Nadie viene a buscarme, quiero descansar en otra vida. Hombres cargan a sus niños en los asientos traseros, después los olvidarán al caer la noche o les dirán bastardos el día de su cumpleaños. O los tirarán como se tira un huevo o una rama. Pronóstico reservado. Me voy a



pie con los estudios bajo el brazo. Me sigue por las rotondas y los bosquecillos una niña zorra de doce años. Fuma. Cómo fuma entre piñas y arándanos azules y sobre los puentes. Un volcán en erupción y solo tiene doce, o menos, todo el tiempo que le queda para enfiestarse, parir, para irse en caravana de una ciudad a otra. Qué quiere esta gitana. “Señor, señor.” Pregunta cómo llegar al Auto Mac. Ya soy un señor de bigotes y músculos. Un señor respetable al que le cuelga un llavero de cuero y facón. Y se da una ojeada a la barba en los espejos de los moteles. La chiquita se va en llamas entre lavaderos de autos, debería haber tenido cuidado, si se cruzaba con otro. Hay esvásticas en aerosol para festejar el Año Nuevo. Esvásticas para celebrar la Navidad. Esvásticas que chispean del otro lado de la isla para abrazarnos los unos a los otros en la villa mártir, el lugar maldito donde flotan los baldes con bebés. Por la noche creo mi propio esperma y lo vuelco lento sobre mi piel, armo figuras y termino untado, embebido. En las ventanas titilan los altos pinos de colores y sus sombras. Quiero llorar muertos de 1914 bajo la almohada. Gemir muertos mal sepultados en sus piedras, alistados con errores en las lapidarias de los centros del horror. Saldría esta noche a juntar la ceniza

de todos hombres baleados en la cabeza en un pelotón de fusilamiento o degollados en el desierto.

Estoy de regreso en el vagón. Intento repasar la vida de mi padre en los años encerrados en su *camping* de vacaciones. Él me mostró la liberación a los catorce llevándome a las colinas en motocicleta. Y me inyectó algo y salimos disparados entre viñedos. Ya caducó pero recuerdo risotadas y meadas a lo largo del río y tirándonos en bicicleta sobre las vías oxidadas del puente colgante. La salivada de vértigo sobre el viaducto, papá metiéndome boca abajo, los peces llenos de dientes en la cola. Los dos en bolas en la carpa, despatarrados. Intento pero nada más sube el día de su entierro. Llegó tu gran momento, papá, y me digo eso y algo se acelera. Las tinieblas sobre el día. El viento sobre los frutos. Al principio el cuerpo de papá tan familiar, le caminaba por la espalda, le tiraba del cuerito, papá en mi nariz a la mañana, su olor después de fumar. Nos peleamos con mi hermano, los dos queremos el asiento de la ventanilla, apoyar la frente en el vidrio y soñar. Gané yo, a él le patean las piernas en el pasillo cada vez que el tren frena. Ya van veinticinco minutos de crisis entre los pueblos que vuelven sin invitación, para pudrirme el viaje como un veterano alcohólico que vomita en la mesa y crea una ola de náuseas a su alrededor. Mi hermano dormita al lado. Desafío la memoria pero ella me la devuelve peor. Describirme el final de su vida, como un pasatiempo, su vejez detrás del cuerpo, una opción demasiado violenta. Él miraba, a mí y a mi hermano, ¿quiénes son ustedes? Tuvimos que decirle diez veces nuestros nombres y quiénes somos. Tus hijos, ¿no lo recordás? Los mellizos. Y recomenzar. Tus hijos, ¿nos recordás?, los cabeza larga, los nariz de martillo, los idiotas. Al final para bromear nos cambié los nombres. Ya pertenecía a otro mundo, yo en el mío precario, en el delirio de mi vida, con el empecinamiento de ponerme a vivir, todavía, a respirar y a reproducirme. Si encuentro a alguien, incluso alguna turista en jeans de verano o una cajera con soleros de tiritas en este vagón que me dé una ojeada,

me mando. Mi hermano aplaudiría desde su butaca. Pobre, me presentó una docena, si me habrá hecho primeras citas, cenas con velas, pero nada. Reproducirme como la ansiedad oral te lleva a lastrarte la heladera de un tirón en medio de la noche y quedar saciado sobre el piso. Pregunté a la enfermera de turno, una mujer de aspecto asqueado y fui al baño. Ahí en el salón con sillones y cuadros tapizados a mano estaba la muerte programada. Tacitas y platitos con panes y azúcar a la hora del refrigerio. Todos dándose a sí mismos cuchara tras cuchara por el agujero como una sonda. Como una transfusión. Comer, vivir. Me deshinché y volví a la silla de papá. Bueno, tus hijos se van. Nos vamos por hoy, papi, volvemos pronto. Él nos miró como si se fueran a ir saltando dos ardillas.

Anduve recibiendo varias cartas y mensajes de correo electrónico durante las vacaciones de un abogado oscuro que le ordenaba a papá reintegrarles su casa como forma de pago por lo adeudado. Me he vuelto a conectar con estos zorros religiosos que lo obligaron, después de empastillarlo, a firmar. Si yo hubiera sido tutor de sus finanzas me habría deshecho de todas mis deudas para dejarlo apagarse lentamente con el salvador y sus nuevos abades, pero ya sé, te oigo “era nuestro padre a pesar de todo, estaba frágil, debía ser protegido”, la miseria del retroceso a la caridad. Ahora la casa, el galpón y el auto pertenecen a Dios pero nosotros debemos limpiar. Cuánta suciedad en su altílo, y pensar que no nos dejaba subir a jugar a los primos ni en Navidad, por si hacíamos cochinas, se van a andar tocando entre todos, decía. El abogado debe ser otro de los designados para instituir al buen pastor y el ángelus, los fieles que tratan y logran tras el último soplo espiritual, el mangazo de los euros que quedan. Papá ya estaba embrutecido por la lectura de la Biblia los dos últimos años, no había demasiado que hacer, ni me lo digas. Verdicto oficial, no tenemos nada, hermanito, por lo que despellejarnos, pero ya tenemos sesenta y dos, edad promedio para morir. Quisiera haber nacido de la mezcla de otra madre y de

otro padre, no sé si eso habría cambiado algo.

Los hombres a medida que envejecen se parecen a señoras. Mirame en la cola para comprar verduras. Mirame paseando a lo largo de la costa seguido por una banda de perros. Con la mínima cosa me hincho y me preguntan las viejas si tomé cortisona. Al agarrar la pala me duele la muñeca. Recostado en la arena se me salen las caderas. Por las mañanas toso doblado. El regreso a la velas, eso pido, o llamar a la fuerza bíblica y que un salvador me saque del abismo. El camino lento a la papada, a los rulitos grises. Al cuerpo sapo. Al micropene debajo del jean. Pronto me dirán tía. Pase, señora. Siéntese, tome asiento, ¿le pongo un kilito de tomates? O me lavarán el pelo con la yema de los dedos en las peluquerías. Son sádicos estos perros; la perra, la peor. Te huelen el cagazo y aprovechan y te andan olfateando los huevos, te quedas tranquilo, la punta del zapato bien meada a tus pies. No hay raza ni siquiera la doméstica que no aproveche para dar el zarpazo. Me acorralla esta pandilla en la costa y es saltar al barro o aceptar su superioridad. Acepto, grito con las manos en el aire, no disparen. Y se van a los techos moviendo la cola, solo querían denigrar. El último encuentro sexual hace cuatro años, un día negro de nieve en esa habitación sobre el bar, cama ínfima, ropero inestable, dos cuerpos intentando hacer equilibrio para penetrarse, pero ruido, pero ceniceros, pero sexos colgantes. Una porquería de eyaculación y de nuevo abajo pidiendo cerveza, los dedos tan fríos que no podían sostener el porrón. La mujer al lado, el tic de volver a subir y termino de un sorbo, para que vean, miren cómo de una me bajo medio litro y golpeo contra la barra y vuelta a subir. Tres empujones dentro de la vulva y ya está. Una expresión de desconcierto en ella, de dolor en mí. Ni fuerzas para subirme el pantalón. Ni fuerzas para mojar-me la boca. Ella no cierra la ventana y el cielo se hunde. Se escuchan insultos a los sudaneses, a los de la jungla que lavan la ropa en agua contaminada, a los kurdos. Un cansancio del mundo que me traga. Unido todavía a su vagina por un hilo de infelicidad,

pero una infelicidad que le arranca el gusto a todo.

Estoy enfermo al filo entre el sol, la tierra y el mar pero todo saldrá bien hoy. Camino a la panadería bajo el sol entre grandes plantas carnívoras y una calle de doble circulación. Local abierto, todo está saliendo bien. Empujar la puerta, abrir y cerrarla detrás de mí. Llevar pantalones de cordero y marrones y camisa gris abotonada. Mocasines de estación, medias a rombos, el pelo tirado hacia atrás, las patillas limpias. Salgo controlando el temblor con el paquete y sigo la línea recta del sol. Paso a paso atravieso la estación de servicio. Espero que les guste esta torta. Me doy miedo a mí mismo. Un gato en celo duerme abierto de patas. Seguro consigue a alguien para lamerlo sobre el cemento antes del anochecer. Camino a su lado sin pisarlo, levanta la cabeza dormido, y vuelve a apoyarla, incluso ellos tienen más respeto por mí. Dos inmuebles más abajo está el salón con mi hermano y sus tres hijos. Sillas barnizadas, fotos de familia y un balcón. Empujo el vicio más lejos, me veo caminar, me estoy saliendo de mí mismo pero más lejos y, antes de entrar en el palier donde ya huelo a horno caliente, me controlo la bragueta, el sudor, y digo algo en tono bajo. Funciona. Tartamudeo, pero se me entiende. Fefeliz cucumpleaños. Toco la puerta con los dedos y enseguida el timbre. Abre mi hermano. Uno de los niños corre al encuentro y se cuelga de mis rodillas. Los otros dos están mirando la televisión. En la cocina sale su mujer, sigo parado. Beso a cada niño. Les doy el paquete. Los chicos me miran demasiado. Mi hermano les apaga la televisión. Uno intenta tocar mi cara. Yo me paseo a lo largo de unas pequeñas cabañas de pescadores sobre un canal. Algunas están apenas cerradas y los postigos dejan ver la densa sombra dentro. El calor pesado de la cabaña luego de todo un día de sol, como un momento con alguien ya muerto. Uno de los chicos le dice a mi hermano que tengo los cachetes gordos. Ríen. Mi hermano me sirve un té. Balbucea también aunque trata de disimular que volvió a empeorar.

Comparan con una regla el largo de nuestras narices. Demasiadas ganas de evasión sobre un barco amarrado, tomar el largo del mar y morir ahogado por el océano sin saber cómo navegar. Unirme a los cientos de cuerpos negros flotando en las costas. Comemos pasteleras y copitos rellenos. Mi hermano me inspecciona, busca indicios de mi vida sexual en mi cinturón con la bandera patria y la calavera. Uno de los chicos tira de mis patillas. Logro preguntarles cómo están en el colegio pero me dicen que estamos en vacaciones y me quedo sin tema. ¿Qué edad tienen tus hijos? Los mellizos cumplen nueve, ¿qué clase de padrino sos? Mi hermano les dijo que nuestro padre descansa adentro de una estrella y los chicos planean ir a visitarlo en aeronave. Preguntan si no le molesta el resplandor. A uno le agarra un ataque de ira porque le falta su tenedor para pinchar la torta. Su mujer corre a traerlo. No estoy diciendo nada, haciendo nada. Los chicos se aburren. No logro ser su tío. Todo pasa a ser una alucinación. Intento pararme y despedirme, me traen una taza caliente que tomo sin respirar. Sus niños visten mejor que yo y son adultos achicados. Me pregunta el más pequeño que dónde están mis hijos y mi mujer. No tienen que estar en ningún lado, le retruca gritando mi hermano, cuántas veces hay que repetirse que dejes al tío en paz, y lo manda en penitencia al rincón. De espaldas le hace señas de odio al padre. La primera arcada seguida de otra, como el hipo, como el tartamudeo me lleva de un rebote al pasillo y al baño. Los chicos afuera. Uno subido a un caballo de madera con crines de pelo postizo. Mi hermano discute con su mujer sobre qué hacer conmigo un domingo de verano. Oigo que llaman por teléfono y dan una dirección con código. Pienso desde el baño cómo hacer para pisarlos, para lanzarlos, para deshacerme de ellos. Les pido que se corran, que abran cancha, pero se pegan los tres a la puerta y no me dejan escape. Veo sus deditos por debajo de la ranura. Se me abre la bragueta del cordeiroy. Me doy contra la pared, cerdo, guarro. —



El invierno con mi generación

Mauro Libertella

Esta mañana, la primera de clases de tercer año del secundario, llegué al colegio vistiendo una camiseta de fútbol. Era la de suplente de River Plate: morada, con unas tiras blancas que caían sobre los hombros como lluvia, hermosa. El reparto de lugares se ejecutaba de un modo azaroso y era un momento determinante, porque podía condenarnos a estar todo un año sentados al lado de alguien que no soportábamos. En ese segundo ciego en el que nos sentábamos en un sector del aula y no en otro se jugaba, para decirlo de modo dramático, el destino de nuestras amistades y entonces el futuro y la vida completa. Elegí el anteúltimo banco al fondo, fila

del medio, uno de los pocos lugares que quedaban libres. Me tocó de compañero un tal Roitser, un pibe alto y de mirada soñadora, que parecía no haberse dado cuenta de que la mañana había empezado hacía algo más de una hora y de que estábamos ahí, en un colegio del barrio de Belgrano, en Buenos Aires, en 1998. De esa primera postal no recuerdo demasiado, pero sí me acuerdo muy bien del mediodía, cuando un

grupo grande de compañeros recién conocidos coincidimos para almorzar en un enorme patio de comidas que quedaba a cuatro cuadras del colegio. Apenas llegué al lugar me percaté de que mi remera soltaba un olor un poco rancio (todavía no existía esa tecnología que vuelve a las remeras deportivas inmunes a la transpiración) y empecé a caminar por el lugar escoltado por un vaho imposible de disimular. Cargué una

bandeja con hamburguesa, papas fritas y gaseosa, la dieta de aquellos años, y me acerqué al grupo, en el que todos se desenvolvían con la torpeza de los adolescentes que se están conociendo. Algunos esperaban en silencio el momento para hacer su carta de presentación y otros, los más desenvueltos, manejaban los tiempos de la charla y desplegaban su carisma. Uno de los desenvueltos, sentado al lado mío, percibió rápidamente el olor de mi remera e hizo un chiste, pero yo me hice el que no lo escuché. Vi, eso sí, el efecto en cadena: uno a uno se iban dando vuelta para mirarme, acotar algún comentario y hacerse cómplices de ese grupo que todavía no tenía nada de qué conversar y que encontró en el olor de mi remera un tema en común al que aferrarse. “Olorete” me apodaron ese mediodía. Yo, que trataba de pasar inadvertido, me convertí en el centro de atención y quedé mudo durante todo ese día, el primero de clases.

A la mañana siguiente tomé todas las precauciones y me atavié con una remera de noble algodón con una inscripción de los Ramones, en un cambio de vestuario que no era solo textil sino también semántico. Me senté en el lugar de siempre, al lado de Roitser, que seguía sin dar grandes señales de entender lo que estaba sucediendo a su alrededor. “Cómo va, che”, me dijo alguien de atrás, el último banco de la fila, contra la pared. “Todo bien”, le contesté, pero casi ni nos miramos: fue una presentación silenciosa, como un cabeceo lento y afirmativo a la distancia. Durante el primer recreo se me acercó y me hizo un comentario sobre mi remera del día anterior. Pensé que se venía un nuevo regodeo en el tema del olorete, pero dijo en cambio algo sobre la tradición del color morado, al que llamó “purpúreo”, en las camisetas suplentes del fútbol latinoamericano. Fabián, me dijo que se llamaba. Y se sentaba con el Negro, que estaba vegetando en algún rincón del aula, y al que me presentó cuando pasamos por al lado suyo. El Negro no habló. Así se formó el grupo.



Lo único que nos gustaba hacer era hablar, y más concretamente comentar lo que los otros hacían. Desde nuestra quietud estudiábamos todo lo que teníamos alrededor, ese era nuestro laboratorio mental. Fuimos armando también un curioso sistema de comunicación interno, para poder hablar sin interrupciones en medio de las clases, cuando el único que podía hacerlo era el profesor. Las “encuestas” fueron el sistema más efectivo de comunicación que pudimos idear. Cada día había un encargado de componer las encuestas para la jornada. Su estructura era muy sencilla: una categoría y cuatro opciones. Si la encuesta del día giraba en torno a, por ejemplo, la música, una pregunta podía ser así:

Mejor disco de Pink Floyd:
The dark side of the moon
Atom heart mother
The piper at the gates of dawn
The wall

Las encuestas podían tener varias páginas y estaban siempre escritas a mano, en el momento, erigidas al calor de los hechos, y tenían al menos quince categorías como esta. El que recibía la encuesta tenía que contestarla con una cierta velocidad, como si una respuesta pausada y excesivamente calculada pudiera volver al resultado algo demasiado artificial, demasiado cerebral. En el momento de elegir no se podía vacilar, pero sabíamos que en el recreo íbamos a tener quince hermosos minutos para comentar las respuestas una por una. Ese era el diálogo mudo con el que pasábamos muchas de las horas de clase. Una vez que las dos personas que habían tenido el honor de participar en una encuesta hacían lo suyo, la hoja grande y rayada pasaba por el resto de las manos del grupo para que todos pudieran asistir a esa conversación de lapiceras azules sobre el margen de una hoja escolar. Había un vértigo en las encuestas, porque las respuestas tenían que ser instantáneas, no se admitían tiempos para la reflexión, y al mismo tiempo había algo irrevocable en las elecciones que ahí se indicaban. Una elección estética, literaria o

social, según el tema del que se estuviera contestando, podía durar años y se podía convertir en un estigma. ¿Por qué elegir el “álbum blanco” a *Abbey Road* en una encuesta sobre los Beatles? La encuesta parecía ser solamente nuestro modo de hablar en los momentos en que no podíamos, pero tardamos en darnos cuenta de que además tenía para nosotros la densidad de la palabra escrita: lo que decíamos oralmente podía ser relativo; lo que escribíamos, en cambio, era definitivo.

Y si hablamos de oralidad, posiblemente los momentos cumbres de aquellos años de charlas hayan acontecido en el “Club del desayuno”. El nombre se lo puso Roitser, que lo sacó de una película norteamericana en la que un grupo de jóvenes coinciden durante una larga tarde en el aula de un colegio por estar castigados. Yo no conocía la película, y el nombre me parecía inquietante, pero jamás lo cuestioné. El “Club del desayuno” se juntaba un par de mediodías por semana en el patio de comidas de un pequeño centro comercial que quedaba a dos cuadras del colegio, en el que englutíamos comida rápida hasta el escándalo. Roitser traía un temario sobre el que había que discutir, sí o sí. Eran reuniones socráticas en el corazón de un McDonald’s perdido. El listado era siempre de temas “grandes”, lo que entonces creíamos que eran cuestiones importantes: la eutanasia, el suicidio, la locura, la relación entre arte y vida. La ronda era respetuosa y milimétrica; uno hablaba, los otros masticaban. El club sobrevivió durante años y a veces se sumaban a la mesa otros compañeros de la división que no conocían la dinámica ni estaban prevenidos de lo que allí iba a acontecer. En esos casos, algunos convidados de piedra prestaban atención, con el silencio respetuoso que imponen los rituales ajenos, y otros en cambio aportaban su cuota de perplejidad: “¿De qué mierda hablan?”



Nuestros profesores se dividían entre los que todavía albergaban una luz de

esperanza respecto a la posibilidad de moldear nuestro carácter y los que habían caído en un pozo de escepticismo y abulia. Estos últimos tenían suficientes razones para el desánimo. Posiblemente la institución pagaba buenos sueldos, y ese es un motivo atendible para que allí hayan recaído algunos profesores brillantes, pero rápidamente se daban cuenta de que nuestro curso era una tierra baldía, que ninguna flor hermosa podía crecer en esos pastizales muertos, y entonces se dedicaban a dejar pasar el tiempo y esperar el sueldo a fin de mes. A veces, sin embargo, sucedía algún chispazo. En las clases de literatura leíamos casi exclusivamente a Cortázar, y no hay explicación más sencilla que esa para la férrea vinculación que hay entre Cortázar y la adolescencia. Las clases de física las impartía un gordo increíble, gritón e irascible, que parecía un hombre de sesenta años en el límite de un infarto, hasta que nos enteramos de que tenía veintitrés y había terminado la facultad hacía semanas con promedio de diez. Los exámenes eran momentos memorables, donde los alumnos se esforzaban por estudiar lo menos posible. En los minutos previos a los exámenes, el aula era un hervidero. Una tarde teníamos prueba de literatura; el tema, *Hamlet*. Cinco minutos antes de que irrumpiera la profesora, el Negro le pregunta a Fabián de qué se trata *Hamlet*. El reloj pasa: faltan tres, faltan dos minutos. Consciente de que ya no hay tiempo, de que una cumbre de las letras anglosajonas no se puede condensar a contrarreloj, le resume el concepto de este modo: “Es un poco como *El rey león*, pero en Dinamarca y hace mucho años.” Cuando la profesora hizo la devolución pública de los exámenes, dijo que en líneas generales todo era muy malo, pero que había casos que le habían llamado la atención. Por ejemplo, el de un alumno que había escrito que *Hamlet* era la historia “de Mufasa y de Simba cuando viajaron a Dinamarca”. El Negro era un caso aparte en los exámenes. Su regla general era ir en blanco, sin haber estudiado una sola línea, confiado en que iba a recibir algún tipo de asistencia divina, encarnada por lo

general en Fabián, que se sentaba a su izquierda. El problema del Negro era la literalidad. En las pruebas de historia, por ejemplo, había que contar el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, un tema clásico. Ante la pregunta por este tema, el Negro quedaba boyando en el aire. Yo escuchaba, a mis espaldas, el susurro: “Pasame la respuesta uno.” Fabián entonces hacía un esfuerzo para resumir oralmente la respuesta, para ofrecerle un ovillo del que él pudiera tirar y llenar dos páginas manuscritas de hoja rayada. Le decía: “Dejan de entrar productos manufacturados de Europa, Segunda Guerra Mundial, hay que montar industrias.” Pasaban entonces diez minutos de silencio reconcentrado y cuando creíamos que el Negro iba a pedir algún tipo de salvavidas para la segunda pregunta, susurraba: “Listo, ya escribí eso, ¿qué más?” Entonces Fabián miraba la hoja de su compañero y veía una única, una perfecta línea que decía: “Dejan de entrar productos manufacturados de Europa, Segunda Guerra Mundial, hay que montar industrias.” Ay, el Negro, qué inagotable fuente de alegrías. Después de un examen de geografía, la profesora dijo: “Hubo casos malos, otros muy malos, y un alumno escribió mal su apellido.” El Negro no se dio por aludido, y eso lo hacía grande. “Usted vive de la caza y de la pesca, alumno”, le dijo una profesora alguna vez, de modo profético.

Algunos de los profesores parecían, por lo demás, haber tomado demasiado drogas duras en su juventud. Diego, que daba literatura en cuarto año, había quedado flotando en un viaje de ácido lisérgico. La primera vez que lo vimos, una compañera hizo una pregunta, a Diego le gustó la voz y la hizo cantar un tema de los Beatles. Terminamos cantando todos, un karaoke frenético a las nueve de la mañana. “Ya nadie escucha Sumo, son todos unos pelotudos”, sentenciaba, y se quedaba colgado, como flotando, uno o dos minutos de silencio inquietante mirando a la nada. En escenas como esa quedó atrapada mi educación.



Fuimos la última generación analógica. Las nuestras son postales del mundo tres o cuatro segundos antes de volverse digital. Me cuesta recordar cómo vivíamos, dar testimonio de ese momento de transición. El primer celular que vi está asociado a un episodio violento. Habrá sido en 1997, 1998. Volvía a mi casa después de un día de clases y nos bajamos del colectivo en Plaza Italia con Roitser. Apenas pusimos un pie en la calle, tres pibes con intenciones poco nobles nos apretaron el brazo y nos llevaron a caminar, bajo una muy cortés invitación: “Caminá o te quemó.” Bordeamos la Rural, el zoológico y llegamos, después de quince minutos de lenta peregrinación, a los bosques de Palermo. En el interior de ese pulmón verde, resguardados de la posible mirada de un oficial de la ley, nos robaron el dinero, las zapatillas, los pulóveres, las mochilas y, en un acto final de innecesario sadismo, tiraron las llaves de nuestras casas a los lagos. Cuando se fueron, caminamos como zombis descalzos de vuelta a la civilización. Todavía dentro de los bosques de Palermo, vimos a una pareja besándose en el pasto, ajenos al tormento de la vida real. Interrumpimos el momento amoroso para comentarles la situación y el hombre sacó del bolsillo del saco, trabajosamente, de un modo casi ceremonial, un aparato enorme y pesado al que se refirió como “Movicom”. Era uno de esos celulares grises, del tamaño del brazo de un hombre de mediana edad, con una antena negra, gruesa y rígida. Me lo ofreció, en signo de loable generosidad: la llamada, en esos días, se pagaba en oro. Pulsé tecla por tecla el teléfono de mi casa pero nadie atendió. Apiadado, el buen hombre nos regaló unos pesos y nos tomamos un taxi. Esa fue la primera llamada que hice desde un teléfono móvil.

En cuanto a la escritura, todo lo escribíamos a mano. Juntábamos papeles por todos lados, y por eso la letra manuscrita nos va a recordar siempre a nuestra infancia. Si leíamos algo interesante en un libro o una revista, hacíamos una fotocopia y la intercambiábamos con

Fabián, en un contrabando precario de textos, pero que funcionaba con la precisión de una industria editorial. Para el momento de los exámenes, hacíamos machetes a mano, con letra imprenta pequeña, lo más legible que podíamos, y después lo llevábamos a la casa de fotocopias para pedir que lo “redujeran”, en un acto de ilusionismo tecnológico. Así, podíamos esconder el ayudamemoria en cualquier pliegue de la ropa. A partir de cierto momento, empezamos a ver las primeras computadoras. El colegio contaba con una sala de computación, nutrida de lentísimos armatostes que eran, sin embargo, el futuro mismo. La gama de colores que ofrecían esas pantallas era inolvidable: amarillo, verde, blanco. Mi primera computadora personal llegó por descarte, cuando un amigo de mis padres renovó su aparato por uno un poquito menos peor, y me legó el suyo, que pasó a ocupar la mitad de mi habitación. La enchufé sobre mi escritorio de madera y me hice adicto a sus poquísimas funciones. Mis padres todavía usaban máquinas de escribir, y de a poco, con muchísima resistencia, mi madre se animaba a la máquina eléctrica. En algún momento de esa época compramos también nuestro primer fax, negro e imponente, al que yo no me animaba ni a acercarme. Pero el momento de la tecnología era una instancia aislada del día, algo que solo ocurría cuando me sentaba, a la noche, frente a mi computadora. Durante el resto del tiempo todo era analógico, y ahora da la impresión de que todo era un poco más lento. Quizá todas las generaciones ven el pasado así, en cámara lenta y en color cian, aunque esos atributos se parecen demasiado a nuestras primeras computadoras.



La tierra yerma que era para mí el mundo de las mujeres se cortó de pronto a principios del quinto y último año de colegio, cuando se me acercó Mariana. Ah, sombra terrible de Mariana, voy a evocarte. Pasaste años clavada en mi inconsciente,

fagocitando mis neuronas. Mariana era más grande que nosotros, porque había pasado dos años misteriosos en España sin estudiar. Tenía un novio legendario, que se había vuelto legendario por el solo dato curricular de estar noviano con ella. Mariana era alta, desinhibida y hermosa; hablaba de sexo todo el día y nosotros la escuchábamos con la veneración que producen las figuras icónicas, inalcanzables. Hablaba con nosotros de tanto en tanto, solo para dejar en claro lo alejados que estábamos del mundo de las mujeres. Como era la mayor y la más experimentada, le marcaba el camino al resto de las chicas del curso, que la admiraban con envidia.

A mí no me había crecido la barba, parecía un niño de primaria y no había hablado nunca con una chica, pero, por alguna razón que nunca terminaré de dilucidar, Mariana me puso en su mira y disparó. Todo sucedió una tarde convencional de clases. El profesor hablaba, nadie lo escuchaba y los alumnos saltaban de banco en banco, se pasaban papeles o intercambiaban chistes. En eso se me acercó ella y me dijo: “Estás muy lindo”, y me acarició el pelo, que estaba ese día particularmente sucio. No puedo decir que me sorprendí: todo era tan inverosímil y fuera de registro que apenas lo asimilé. Al día siguiente, con variaciones mínimas, la escena se repitió. Cuando el avance ya fue lo suficientemente recurrente, empecé a ponerme nervioso. No se lo comenté a los amigos, porque no hablábamos de mujeres. Y además no hubo tiempo: a los pocos días Mariana me dijo que después de clases necesitaba hacer tiempo por la zona de Palermo, porque tenía una cena, y me sugirió que la invitara a mi casa para esas horas muertas. Llegamos pasadas las seis de la tarde y nos encerramos en mi habitación. Cuando cerré la puerta, me dio vergüenza la decoración del cuarto, tan infantil, con banderines de equipos de la NBA y fotos de jugadores de River recortadas de revistas y mal pegadas. Primera ingenuidad: la luz era blanca, completamente antierótica, no se me ocurrió encender el velador. Segunda

ingenuidad: ella entró y se sentó en la cama y yo, en lugar de sentarme a su lado, elegí una silla de computadora, triste, de oficinista. Hablamos de asuntos sin importancia hasta que me dijo: “Hace unos días me gustabas, pero no hiciste nada, así que ya fue.” Yo le dije: “Ah, bueno, entonces ya fue.” Tercera ingenuidad. Por fortuna, Mariana no se desanimó ante tanta pacatería, se paró de la cama y me dio un beso. Yo arremetí, casi desesperado. Ella marcaba los ritmos y los tiempos. Se paró, apagó la luz, se apoyó contra la pared y me dijo que la besara ahí, parados. Hice todo lo que ella me indicó, siempre, y lo seguiría haciendo hoy. Me agarró la mano y la puso en sus tetas, habilitándome. Estuvimos unos minutos así hasta que me invitó a la cama, a mi cama, y me dijo que pusiera un disco. Estaba puesto un compilado de los Rolling Stones, le di play. Mis recuerdos ahora son torpes y confusos. No se cómo nos desnudamos, ni puedo asegurar que nos hayamos sacado toda la ropa. Ah, Mariana, qué hermosa que eras, qué milagro tenerte ahí conmigo, esa noche del año 2000, celebrando el nuevo milenio. Llegamos entonces a una instancia decisiva, donde yo perdería la virginidad para siempre, con la chica más genial del colegio. Ella se interrumpió y me preguntó si había estado alguna vez con alguna mujer. Por mi comportamiento durante los pasos previos, pensé que había quedado claro que no, pero por las dudas se lo confirmé. “Ah, si esperaste hasta ahora, debe ser porque estás buscando una chica de la que te enamores”, me dijo. Yo estuve a punto de decirle que no, que no había estado esperando, que no había tenido una oportunidad de estar con una mujer y que pensaba que nunca la iba a tener. Pero no se lo dije, porque ahí sí entendí que la confesión no era muy erotizante. Balbucí alguna excusa que no podría precisar, pero lo que yo dijera no importaba, porque las cartas ya estaban jugadas. El resto no es literatura.

Al día siguiente decidí hacer el anuncio al grupo. Aproveché el recreo y en el medio de una charla intrascendente sobre cuál era el top 5 de temas de Charly García a criterio

de cada uno, deslicé la primicia. No lo podían creer. Era algo tan inesperado que no supieron cómo reaccionar. Ese día empezó definitivamente mi romance con Mariana, que se extendió durante dos semanas determinantes. Nos veíamos algunas tardes después de clases, pero en el colegio casi no hablábamos, aunque de a poco todos se fueron enterando de que entre nosotros pasaba algo. A partir de esa noticia que se fue esparciendo, además, entré en el mapa de muchos que antes apenas intuían mi existencia. Yo estaba obsesionado, no pensaba más que en ella. Quería verla todo el tiempo, vivir con ella, casarme con ella, irme a otro planeta donde pudiéramos estar solos, morir con ella. A las dos semanas, una tarde después de clases nos fuimos con un grupo a la casa de un compañero, y yo solo quería besar a mi chica. Como no nos dábamos besos en público, salimos al pasillo y nos besamos en las escaleras silenciosas y oscuras del edificio. Después de unos minutos ella separó mi cuerpo del suyo, se puso seria y me dijo: “Solo te tengo que pedir una cosa, que no te enamores.” Demasiado tarde, Mariana querida, me hubieras avisado antes de venir a mi casa esa primera noche, ahora no hay vuelta atrás. Ya era tarde, y ella lo entendió por mi silencio, por mi mirada vidriosa, por mis manos vagamente trémulas, por mi sonrisa incómoda. Y no tuvo piedad. A la mañana siguiente me citó fuera del aula, en medio de una clase. Me dijo que volvía con su novio, que lo nuestro se había acabado, que pasara a otro tema. ¿No me decías nada?, me preguntó. Yo estaba mareado, como si un boxeador me hubiera dado un golpe en el medio del estómago. “Si es lo que quieres, bueno”, le dije con cobardía. Se dio vuelta y entró al aula. Yo encaré para el otro lado y me fui al baño a llorar. Durante meses no pude volver a escuchar ese compilado maldito de los Rolling Stones con el que nos encamamos esa primera vez. —

*Fragments de la novela autobiográfica
Los años confusos, de próxima
publicación.*

El naufragio de la *Joven Sabina*

Javier Sinay



El sábado 7 de febrero de 1925, poco antes de las diez de la noche, un grupo de trece inmigrantes judíos provenientes de Europa del Este se embarcó en la orilla empantanada del río Uruguay, en Sudamérica.

Los trece —hombres, mujeres, niños y un bebé— se resignaron al fango mirando hacia el oeste: más allá del río bravo, en la oscuridad, las luces chispeaban en el viento como luciérnagas. Era la ciudad de Concordia, en Argentina: tenía algo más de treinta mil habitantes, alumbrado público a electricidad, un centenar de automóviles en sus calles y tres líneas de tranvías rodando sobre nueve kilómetros de vías. Estaba situada en una provincia llamada Entre Ríos. La ciudad uruguaya de Salto, al otro lado, no era más que un pueblo chico. Los trece, que habían comenzado el viaje en un sitio tan lejano como Odesa, estaban ya cerca del destino final: Buenos Aires, Argentina, Buenos Aires, América.

El itinerario era complicado porque los tiempos lo exigían: la Argentina, un país de puertas abiertas a la inmigración, las había entrecerrado en 1923 siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, que había hecho lo mismo dos años antes. Pero

los europeos —italianos, españoles, polacos, franceses, judíos del Este— seguían llegando. Penetraban las fronteras porosas sin permiso desde el norte (Paraguay) y desde el este (Uruguay). A veces, en medio de la noche y con los zapatos embarrados.

—Mi tío, Isaac Schtivelband, fue el primero de los tres hermanos en venir —dice Beatriz Schtivelband, una trabajadora social que escuchó desde pequeña la historia de sus ancestros. Tiene entre sus manos una foto en blanco y negro en la que Isaac posa con otros dos: un amigo y un hermano. El sol los ilumina. Ahora, allá afuera, Buenos Aires hace ruido. Ha pasado casi un siglo de aquella noche en el río Uruguay.

Entre los trece viajeros, Isaac era el de boina y corbatín: tenía entonces veinte años, la cara alunada, las orejas grandes y la boca pequeña. Hijo del sastre Salomón, había nacido en 1904: siendo un niño había pasado el hambre de la Primera Guerra Mundial y siendo un muchacho había pasado el de la guerra civil que siguió a la Revolución de Octubre. Cuando se decidió por América, le dijo a su padre que él se adelantaría, trabajaría, juntaría dinero y pagaría los pasajes para el resto de la familia.

—Llegó hasta Montevideo y quedó varado porque había gastado casi todo

—sigue su sobrina—. Pero lo poco que tenía le alcanzó para ir después hasta Salto.

Junto a Schtivelband habían llegado los demás, también desde Montevideo, compartiendo el sueño del inmigrante y la lengua yidis. Una muchacha de veinte años llamada Sussie Bolicowsky, que llevaba un diario en cuya primera página había anotado “Rumania, Besarabia, 1924”, tenía un tío en Concordia que podía hacerlos entrar a la Argentina de modo clandestino. Alrededor de ella se armó el grupo: probablemente se habrían conocido en el transatlántico o en los hoteles portuarios y, a su manera, eran *shifbriders*, hermanos de barco. También estaba el ingeniero mecánico Moisés Brudno, que venía con su mujer, Katja, y sus tres hijos pequeños. Brudno dejaba atrás a los sóviets y un país en guerra constante: había contactado al cónsul argentino en Riga (la actual capital de Letonia) presentando quinientos dólares como garantía de su buen pasar y había sido aceptado para emigrar. En la parada de Cherburgo los Brudno conocieron a otra pareja: los Feldman. Shimon Feldman tenía veintiséis años y era un estudiante de medicina que se había quedado sin plaza en la universidad soviética, en tiempos de privilegio para los estudiantes obreros por sobre los burgueses. Su mujer, Bradnie, tenía veintiocho y estaba cerca de convertirse en dentista. Feldman hablaba once lenguas y había conseguido un trabajo como maestro en una colonia agrícola judía de Basavilbaso, no muy lejos de Concordia. Junto a ellos también viajaban Matheus Maximilien Glimmer, un polaco de Lemberg que a los veintisiete años ya había vivido en Río de Janeiro y en la ciudad portuguesa de Coímbra, donde había completado el cuarto año de la carrera de medicina; Gemelcin Meillach, otro polaco, de dieciocho años; Schopsel Schojet, un rumano fornido de veinticinco; y Jina Madverguz, que era esperada por sus parientes en la Argentina.

Por fin, el sábado 7 de febrero de 1925, poco antes de las diez de la noche, estaban ya en Sudamérica, reunidos en la orilla pantanosa de un río. Pero la *Joven Sabina*, la barcaza con

la que cruzarían las aguas, lucía arruinada como una nuez vieja.

Jukelson, un contrabandista ruso que le había cobrado ocho dólares a cada uno de ellos para llevarlo al otro lado —el pago diario de un obrero era entonces de medio dólar—, estaba esperando. Con un machete que aún sujetaba les había abierto el camino a través del monte durante dos kilómetros para llegar hasta la costa. Diego Ojeda, el botero, los apuraba junto a otros dos marineros; ninguno de ellos parecía de confianza, pero ¿quién es de confianza en el laberinto de la clandestinidad? Una vez cruzado el río, Buenos Aires estaba cerca: solo restaba un trayecto de once horas en tren.

Había que hacerlo.

Nadie sabía que el verdadero nombre de Jukelson era Lázaro Chornomaz y que se había criado en la zona rural de Nikolaev —por entonces, asiento de los principales astilleros del Mar Negro—. Durante algunos años se había dedicado a robar caballos en las estepas hasta que la policía del zar lo capturó y lo condenó a muerte. Pero Chornomaz logró huir. Radicado desde 1909 en la Argentina, retomó su oficio, se cambió el nombre y trabó relación con ladrones de ganado. En su destino azaroso pasó, robando y escapando, por las provincias de Santa Fe, Córdoba y Tucumán, y en 1912 se quedó en Entre Ríos. Allí abrió una verdulería y dejó el robo de caballos por el contrabando.

Si Jukelson ya había decidido la suerte de otros inmigrantes en el pasado, el tiempo lo ha olvidado. Pero la noche del 7 de febrero de 1925 tuvo en sus manos el destino de aquellos trece. Cualquier inmigrante lleva en sus bolsillos unos cuantos billetes; en el mejor de los casos también algunas joyas. Jukelson lo sabía desde sus tiempos de ladronzuelo, cuando veía a los más afortunados partir hacia América y se preguntaba, con algo de resentimiento, por qué la suerte nunca lo marcaba a él.

El viento sacudía los sombreros y las maletas de los hombres y mojaba las faldas de las mujeres con salpicones marrones de aguas que bajaban desde las junglas brasileñas.

Había que hacerlo ya, les ordenó Jukelson.

II

Como Isaac Schtivelband, como la familia Brudno, como los demás pasajeros de la barcaza *Joven Sabina*, otros 125 mil inmigrantes pensaron en la Argentina en 1925. Ese lejano país del sur —poblado entonces por unos nueve millones de habitantes— alimentaba las fantasías de los desplazados que abandonaban en masa el Viejo Mundo. Eran tiempos de entreguerras y Europa se encaminaba hacia el crac de 1929 y los totalitarismos. Mientras las muchedumbres de los países occidentales festejaban la paz de Versalles e intentaban volver a un ritmo de vida normal, los antiguos territorios del imperio zarista se convulsionaban en disputas territoriales y se empobrecían; y las aldeas hebreas se veían sacudidas por pogromos en los que el judío ya era —como lo sería en los años siguientes— el chivo expiatorio de un continente en crisis.

En Europa del Este unas trescientas mil personas esperaban la oportunidad de llegar a Estados Unidos, pero en 1921 patronos y obreros yanquis coincidieron en su intención de cerrar los puertos: los primeros temían la expansión del comunismo; los segundos, la falta de empleo para un número desbordado de hombres. Cuando Washington formalizó sus restricciones, Argentina surgió como una opción para los judíos europeos: en 1891 el barón Moritz von Hirsch —un filántropo alemán contemporáneo del más célebre barón Edmond James de Rothschild— había fundado la Jewish Colonization Association, que a lo largo de ochenta años organizaría la emigración de miles hacia las pampas. La figura del “gaucho judío” fue célebre ya desde 1910. La llegada de estos inmigrantes se enmarcaba en una política nacional que necesitaba obtener fuerza de trabajo como fuera. Con 2,012,728 inmigrantes bienvenidos, el período que va de 1922 a 1928 fue el de mayor crecimiento: luego de los italianos y los españoles, los judíos constituyeron la tercera nación.

Sin embargo, en esos mismos años las tendencias restrictivas también llegaron al sur, en parte también por el temor a la expansión del comunismo: el último día de 1923, Buenos

Aires promulgó un nuevo reglamento. Enfermos, débiles mentales, viejos y mujeres solas ya no podían ingresar al país; los hombres que quisieran trabajar debían aportar certificados policiales de buena conducta y pasaportes especiales.

El ingreso clandestino desde Uruguay se hizo cada vez más frecuente. Como Isaac Schtivelband y sus doce compañeros, los desplazados judíos que entraban esquivando las postas oficiales sabían que, una vez en Buenos Aires, sus parientes (una generación que ya era descendiente de los “gauchos judíos” y que se había asentado en las grandes ciudades) podrían ayudarlos a gestionar su residencia. Buenos Aires era para ellos una meta soñada: en entreguerras era un polo de vida israelita tan estimulante como Nueva York, Odesa o Vilna, e Isaac Bashevis Singer lo retrató en su cuento “Janka”. Había allí teatro y prensa en yidís (con dos diarios de tirada masiva: *Di Presse* y *Di Ydische Zeitung*) y, por supuesto, también delito: la Zwi Migdal, una red de mujeres judías reducidas a explotación sexual, cayó en 1930 con un proceso resonante que detuvo a 459 proxenetas polacos.

En 1925 —mientras los trece inmigrantes trepaban a la barcaza *Joven Sabina*— la Argentina tenía, según estudios actuales de la Universidad Hebrea de Jerusalén, una población de entre 162 mil y 200 mil judíos que convivían en una Babel donde el 29.9% de la población total era extranjera.

III

Ahora el viento penetra los huesos y sacude las ramas, y sin embargo es una tarde despejada de primavera. Un hombre gordo, de escasos cabellos flameantes, mira al río durante un momento largo. Su caña de pescar permanece inmóvil.

Después se ríe.

—¡Hace una semana que no pescó nada! —dice—. Ni bagre ni boga, ¡nada!

Un perrito manchado y un muchacho moreno lo acompañan, en la orilla cubierta de maleza que hace de lado argentino del río Uruguay. Las

aguas son tan opacas como lo fueron en 1925: traen la tierra del corazón de Sudamérica, que alimentará, luego de viajar quinientos kilómetros río abajo, al océano Atlántico austral.

—Tengo que venir de noche: sin el ruido de los barcos, los pescados aparecen —dice el hombre, pero no hay ahora ningún barco a la vista.

Esta zona, conocida como Salto Chico, está situada a cinco kilómetros del centro de la ciudad de Concordia. La costa uruguaya está a la vista, enfrente. Allí, como aquí, solo hay árboles y arbustos desordenados que crecen sobre el terreno virgen: allí embarcaron los trece inmigrantes del Este, anhelantes de poner un pie de este lado.

IV

Llevaban navegando un rato cuando la *Joven Sabina* comenzó a sacudirse de modo extraño y los pasajeros se dieron cuenta de que estaba llenándose de agua.

Isaac Schtivelband, que hablaba algo de español, se lo dijo a Diego Ojeda, el improvisado capitán, pero la respuesta fue una orden de silencio. Los viajeros comenzaron a sacar el agua con sus sombreros, pero parecía en vano: el anegamiento avanzaba. En un gesto desesperado, el ingeniero Moisés Brudno pidió a los que supieran nadar que se arrojaran para evitar que el barco se hundiera.

Entonces, sin mediar palabra, Ojeda giró el timón e hizo virar al barco. El mismo se apoyó en un costado, tomó un remo y se echó al agua. En un instante todos estuvieron en el río, gritando en la noche, aferrados al barco que flotaba dado vuelta en la correntada. “¡Spasaytes!”, dijo Moisés Brudno, en ruso, para que cada cual se salvara.

Algunos eran arrastrados por las aguas; los que sabían nadar intentaban retomar el control. En el caos, Brudno tomó a uno de sus hijos y su mujer se ocupó de su bebé y su hija.

Pero la marea los arrastraba, violenta, indomable. De repente, la furia del río parecía doblegarlos a todos.

“Después de nadar unos metros, la señora Brudno sintió que alguien la tomaba del pie”, se lee cinco días después en *Di Ydische Zeitung*. “En ese momento, notó que una muchacha

estaba peleando por su vida y la agarraba para no ahogarse. Se puede ser un eximio nadador, pero si se es tomado del pie, puede uno ser arrastrado a las profundidades.”

Katja Brudno trató de liberarse de la mano que la sujetaba para salvar a sus hijos. Luchó, forcejeó, pateó, tragó agua sucia a borbotones. Y se la sacó de encima. Pero en el tironeo no pudo evitar que se le resbalaran su bebé y su hija. “La corriente de agua la arrastraba quién sabe hacia dónde”, informa el diario. “La señora Brudno se sumergió y buscó en la oscuridad, palpando bajo las olas a sus dos niños. Pensaba que podía llegar a tocar el pequeño cuerpo de alguno.”

En la desesperación, Katja Brudno pensó que su esposo podría rescatar a los niños. Él era un nadador experto: muchas veces habían jugado, en el Mar Negro, a buscar un anillo bajo las olas que rompían contra la arena, llenas de espuma. Katja Brudno nadó hacia la orilla con las pocas fuerzas que aún le quedaban, exhausta y espantada. Un estanciero de Salto contribuyó al caos general cuando vio el naufragio y disparó al aire para llamar la atención de las autoridades. Brudno, en pánico, pensó que hacían fuego sobre ella y avanzó cientos de metros conteniendo el aire, sumergida.

Los Feldman no sabían nadar: Bradnie y Shimon se aferraron al bote hasta que fueron tragados por las aguas. Matheus Maximilien Glimmer le cedió un trozo de madera a Gemelcin Meillach: un trozo inútil que se fue a pique con él.

El fornido Schopsel Schojet fue el primero en llegar a la orilla argentina. Corrió en la oscuridad, a través de los arbustos, pero un hombre le salió al paso con un puñal y se le echó encima. A pesar del agotamiento, Schojet luchó, lo desarmó y lo echó a rodar barranca abajo. En el frenesí no se dio cuenta de que el cuchillo había desgarrado su mano. No le importó. Siguió hasta que vio una casilla de madera escondida entre los árboles. Golpeó la puerta y cuando le abrió una mujer soñolienta, dijo: “¡Agua! ¡Policía!”

Pero no logró hacerse entender. Y gritó, sacudió el cuchillo, enseñó su mano ensangrentada y entonces

sí, por fin salió con la mujer en busca de ayuda.

Mientras tanto, en la orilla, los traficantes Jukelson y Ojeda esperaban a cada uno de los sobrevivientes para asaltarlos. “Es probable que, con uno de los niños aún vivo, Moisés Brudno llegara hasta la orilla”, se lee en el diario *Crítica*, de Buenos Aires, tres días después del naufragio. “Allí le esperaban los asaltantes, quienes lo mataron a él y a la criatura a palos y puñaladas, arrojando sus cadáveres al río luego de apoderarse del dinero que llevaba en los bolsillos del saco.”

Cuando Schopsel Schojet regresó a la orilla con algunos policías encontró a Katja Brudno desesperada. Tenía en sus manos el cuerpo sin vida de su hija, una niña ahogada, y clamaba al río por su esposo. Brudno había esperado encontrar a su marido en la costa; en cambio se había topado con los marineros de Jukelson, que le habían saltado encima a ella también. La mujer gritó cuando le taparon la boca y la arrastraban hacia un bosquecillo, pero justo entonces apareció Isaac Schtivelband.

Schtivelband no era un muchacho valiente: al contrario, era silencioso y un poco temeroso. Pero, como escribió Borges, hay un momento de la vida en el que un hombre comprende su destino. Y el destino de Isaac Schtivelband, el único momento definitivo de su vida, se concretó en esa orilla terrosa, enfrentando a esos verdugos. “Schtivelband la ayudó a liberarse de los bandidos luchando contra ellos, arriesgando su vida, a puñetazos”, se lee en *Di Ydische Zeitung* cinco días después del episodio.

Desacomodados y habiendo concretado solo en parte el robo, Jukelson, Ojeda y sus dos cómplices se dispersaron cuando Schopsel Schojet llegó con la policía. Algunos días más tarde, la barcaza *Joven Sabina* fue hallada en Yeruá, cinco kilómetros río abajo. No era más que maderas destrozadas y astillas afiladas.

“Estima la señora Brudno que la banda de malhechores, antes del embarque fatal, tuvo ocasión de imponerse de que todos los viajeros llevaban dinero, especialmente su esposo”, informa el diario *El Heraldo*, de Concordia, luego de seis días. “Un

collar de perlas que llevaba una de las viajeras también provocó su codicia. Y el collar no ha vuelto a aparecer.”

El saldo, al amanecer, es de diez muertos: los cuerpos son apilados en la orilla y fotografiados.

v Nadie en Concordia recuerda hoy la tragedia de la *Joven Sabina*.

Pero la memoria popular sí habla de cinco extranjeros que se esfumaron cruzando el río Uruguay en la misma década de 1920 y también de una familia que pereció ahogada cuando los boteros les robaron sus joyas y la echaron al río. Acaso —porque la memoria es una materia frágil y plástica que a veces reescribe el pasado— la historia de la *Joven Sabina* está por detrás de esas evocaciones imperfectas.

—Hubo una fuerte corriente de judíos que pasaron de Salto a Concordia —dice Jacobo Bilkis, un hombre de hablar pausado que a los 87 años se ha convertido en un referente de la colectividad hebrea de Concordia, compuesta por unas trescientas personas—. Muchos eran interceptados por la policía que, después de dos meses y de una buena coima, los liberaba con documentos argentinos.

Momentos antes de mi encuentro, Bilkis había acompañado a tres personas en una visita guiada por el Museo Judío de Entre Ríos, que funciona en una casa en Concordia.

—En 1925 esta era una ciudad discreta, con una intensa actividad comercial portuaria. Aquí se recogía la producción agrícola de las provincias del norte argentino —agrega después el guía de la visita, Adolfo Gorskin, un hombre vivaz que calza un par de lentes gruesos y que no hizo más que la escuela primaria en una colonia rural, pero que ha publicado un volumen con setenta cuentos. La pluma es una herencia de su padre, un colono que firmó siete libros de memorias y relatos.

Concordia está poblada hoy por 149 mil habitantes y es la segunda ciudad en la provincia de Entre Ríos. Según la época, el contrabando tuvo su auge no solo para personas, sino también para repuestos automotores y drogas farmacéuticas que llegaban desde Uruguay en pesqueros sobrecargados.

Jacobo Bilkis, un farmacéutico retirado, hijo de un padre nacido en Besarabia y de una madre originaria de Ekaterinoslav, recuerda que la sociedad de beneficencia judía ayudaba a los inmigrantes llegados a Concordia a través del río. Un actor aficionado, de apellido Silbert, esperaba con su camión a quienes cruzaban y los cobijaba durante un tiempo en casas seguras, antes de enviarlos a Buenos Aires. Después de la victoria franquista en España, los vascos republicanos también comenzaron a poblar las barcas clandestinas y a tender sus redes de cooperación en este puerto.

El Museo Judío de Entre Ríos cuenta la historia de los gauchos hebreos que poblaron estos campos. Pero una de sus repisas está dedicada a su fundador, Víctor Oppel. Originario de Transilvania, Oppel fue capturado y enviado a Auschwitz, donde sobrevivió gracias a su contextura: los trabajos forzados lo mantuvieron alejado de la cámara de gas. Después, emigrado a Argentina, fue rechazado en Buenos Aires porque su pasaporte llevaba el sello alemán de “Jude”. Cuando por fin logró entrar lo hizo a través de las puertas de Concordia.

vi “Mi vida sin ellos ya no tiene ningún valor”, le dijo Katja Brudno al diario *Crítica*. Habían pasado cuatro días de lo que en Buenos Aires ya se conocía como “la tragedia del río Uruguay”. “Y estoy dispuesta a sacrificarla entera para activar esta causa. Espero y esperaré justicia hasta el último momento. Pero si la desgracia quiere que mi voz no sea oída, seré yo misma quien hará justicia.”

Brudno tenía veintiséis años y estaba sola en un país extraño. La colectividad judía en Buenos Aires la cobijó y, cuando el tiempo pasó, logró casarse con un empresario de apellido Resnick. De algún modo, la vida continuaba. Por su parte, Isaac Schtivelband cumplió con el plan que había pactado: trabajó duro y tres años después envió dinero a Odesa para que su padre y su hermano viajaran a la Argentina. Durante un tiempo vivieron los tres juntos en una habitación, en una vecindad. Después el padre volvió a Odesa, a buscar al resto de la familia, pero ya no volvió.

—Isaac nunca quiso hablar demasiado sobre el episodio del río —dice ahora su sobrina, Beatriz Schtivelband, y despliega el artículo de *Di Ydische Zeitung* que se ha convertido con el paso del tiempo en un trozo de papel ajado que cuenta la historia y que lleva una fotografía de Schtivelband y otra de la familia Brudno—. Este recorte estaba en una valijita que tenía mi papá. Para nosotros Isaac era un héroe, pero él no hacía alarde: le pesaba en la conciencia no haber podido rescatar al bebé. Se ponía mal. Era un hombre de bajo perfil, Isaac: se casó casi con cuarenta años, tuvo una sola hija e hizo una vida metido adentro de un taller de orfebrería.

VII

Frente al río, el pescador sigue esperando. El muchacho y el perro miran hacia las aguas, fascinados, como esperando una revelación, y permanecen en silencio un buen rato: en Salto Chico la corriente baja veloz y es hipnótica.

—¡Cómo serán las cosas, que no hay ningún pescado! —dice por fin el hombre.

Tan torrentosas bajan las aguas que dieciocho kilómetros hacia el norte se alza hoy la represa hidroeléctrica de Salto Grande, que con catorce turbinas genera el 50% de la energía consumida en Uruguay y el 8% de la requerida en la Argentina. El barrio La Blanca, un complejo de edificios enanos construido para los trabajadores que entre 1974 y 1983 levantaron la obra, se encuentra a unos pasos de la orilla de Salto Chico.

—¡Que se dejen de joder en Salto Grande! —dice el pescador—. Abren y cierran las compuertas, y los pescados no quieren venir...

Después cierra los ojos y deja que el sol acaricie su rostro. No imagina que justo frente adonde está, noventa años atrás, un puñado de hombres con el agua por las rodillas, empujados por una esperanza que era más fuerte que el temor, guió una barcaza río adentro, en la noche, en estas mismas olas en las que él ahora hunde su carnada con un bostezo, antes de balbucear al aire su fastidio, antes de recoger la piola, antes de acomodarse los pantalones, antes de trepar la barranca y perderse entre los arbustos. —